EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

LA CRUZ DEL TÚNEL

MELODRAMA

EN TRES ACTOS, EN PROSA

ORIGINAL DE

EUSEBIO BLASCO

MADRID

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

(Sucesor de Hijos de A. Gullón)

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1899

LA CRUZ DEL TÚNEL

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la galeria lírico-dramática titulada EL TEATRO, de D. FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA CRUZ DEL TÚNEL

MELODRAMA

EN TRES ACTOS EN PROSA

ORIGINAL DE

EUSEBIO BLASCO

Representado por primera vez en el TEATRO DE LA COMEDIA la noche del 20 de Diciembre de 1898

MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 20
Teléfono número 551

1899

REPARTO

PERSONAJES.	ACTORES.
MARÍA	SRTA. COBEÑA.
PAULINA	VALENTÍN.
UNA VIEJA	SAMPEDRO.
GABRIEL, jefe de Estación	SR. THUILLIER.
DON RAMÓN, cura del pueblo	DONATO JIMÉNEZ.
TORRENTE	CUEVAS.
PELÁEZ, telegrafista de la Estación	CALLE.
TOMÁS, factor de la Estación	MARTÍ.
UN CONDUCTOR	ALTARRIBA.
UN INTERVENTOR	ALONSO.
UN GUARDA-AGUJAS	MARTÍNEZ.
QUINTO 1.º	COBEÑA.
IDEM 2.º	AGUDÍN.
UN VIAJERO	RODRÍGUEZ.
COBRADOR	LASTRA.
FOGONERO	DOMÍNGUEZ.

La acción en la Estación de Villacorta

ACTO PRIMERO

La estación de Villacorta. En las paredes, tarifas, un reloj, una percha donde habrá un sombrero hongo y un capotón colgados. Cuadros de horas de trenes; un estantito con los libros de cuentas. A la derecha dos puertas, á la izquierda, primer término el despacho de billetes, y en segundo, la puerta del telégrafo. Una mesa. A la izquierda del espectador, y en el fondo, un sofá grande de gutapercha. María y la niña están arreglando ropa de un canasto.

ESCENA PRIMERA

MARÍA, PAULINA, GABRIEL, PELÁEZ y TOMÁS

TOM. (Dentro.) ¡Villacorta, dos minutos!

GAB. ¡Pelaez! (Saliendo puerta foro.)

PEL. ¡Voy! (Asomando por la puerta izquierda.)

GAB. Pregunte usted á á Villalarga si hay retraso en el tren de Francia. (Se va.)

VOZ (Dentro.) *¡Liberal! ¡Imparcial! ¡Correspondencia! ¡Heraldo!*

PAU. ¡Papá! ¡Papá! ¡La gallina negra está en la vía.

GAB. ¡No hay cuidado!

MARÍA Déjale que está dando la salida al tren.

TOM. ¿Hay aquí unas alforjas del tío Roque?... ¡Ah, sí; aquí están!...

MARÍA Trae las servilletas.

GAB. ¿Qué dicen? ¡Peláez! (Desde la puerta.)

PEL. Seis minutos desde Andoain.

GAB. Bueno, dé usted la salida de éste; cruzarán en Tolosa.

TOM. (Dentro.) ¡Señores viajeros, al tren!

PAU. Los periódicos.

PEL. Trae, trae; á ver qué pasa.

MARÍA Ya podemos guardar todo esto.

PAU. Tengo un hambre...

MARÍA Desde que hace frío. Ayuda, hija, ayuda.

PEL. Buenos días, doña María.

MARÍA Hola, Pelaez.

PEL. ¿Quiere usted que la ayude?

MARÍA No, hombre, no; vaya usted á su telégrafo, ya sabe usted que á don Gabriel no le gusta que se falte al servicio.

PEL. Ya dí la salida... En fin, como usted quiera.

MARÍA Llévate el cesto. Yo voy á la huerta por el postre.

PAU. ¡Que poca gente pasa hoy en el exprés!. Anda, un general, un señor obispo...

PEL. ¿Adonde irán esos?

MARÍA No empiece usted con sus cosas, Pelaez.

PEL. Mira á ver si viajan en tercera...

MARÍA ¡Chist!

PEL. ¡Para esos es el mundo!

GAB. ¡Ea! Ya estamos libres hasta que pase el mixto.

PEL. Me voy, no se enfade. Ahora vendré.

PAU. ¡Adiós! Pelaez, ¿hoy no estás triste?

PEL. No, hija mía. ¡La única persona que me lo pregunta en el mundo!

GAB. ¡Tomás!

TOM. Mande usted, don Gabriel.

GAB. Los libros de contabilidad. (A María.) Un instante, hija mía. ¡Así que acabe, soy todo tuyo!

ESCENA II

GABRIEL, TOMÁS, MARIA (1)

TOM. ¡Dios nos coja confesados!

GAB. (Sentándose á la mesa.) Venga.

TOM. Resumen de llegadas.

GAB. (Después de examinar los papeles.) Déjeme usted esto aparte.

(1) Tomás hablará con acento valenciano ó alicantino.

TOM. Reembolsos.

GAB. (Examinándolos despacio.) Está bien.

TOM. Servicios centrales.

GAB. (Examinando con gran cuidado las hojas.) Bueno; á otra cosa.

TOM. Pagos.

GAB. Bien. Deme usted el libro de cuentas corrientes.

TOM. (Aquí me coge.) (Va á coger el libro del estante y lo trae.)

GAB. (Examina el libro con gran atención y hace las cuentas con la pluma. Después mira fijamente á Tomás, que hablará siempre sin mirarle á la cara.) En las llegadas me faltan ciento diez pesetasde las expediciones recogidas por los consignatarios.

TOM. Pues... no puede ser.

GAB. Basta que yo lo diga. Es la segunda vez que sucede en los dos meses que lleva usted de servicio en la estación. Hace diez días faltaron diez y siete pesetas, cantidad ínfima que le dije á usted estaba dispuesto á abonar yo por el buen crédito de la estación. Hoy ya no puedo; la cantidad es más importante, no soy bastante rico para pagarla por usted, ni puedo consentir que esté usted en descubierto. ¿Tiene usted ese dinero?

TOM. Yo...

GAB. ¿Le tiene usted ó no? ¿Por qué no me mira usted á la cara?

MARÍA Gabriel...

GAB. Métete tú en tu labor y déjame á mí lo mío. Vaya, las cosas claras: se ha quedado usted con ese dinero, ¿no es eso?

TOM. Eso es llamarme ladrón.

GAB. ¿Lo repone usted? (Tomás no responde.) Pues, en efecto, por eso le echo á usted de aquí.

TOM. ¡Don Gabriel!

GAB. No hay don Gabriel que valga; soy esclavo de mi deber y mis subordinados han de serlo también. En uso de las atribuciones que me concede la Compañía, desde este momento le suspendo á usted de empleo y sueldo, y hoy mismo pediré á Madrid su reemplazo.

MARÍA (Sus violencias de siempre.)

TOM. ¿De modo que me quita usted el pan...?

GAB. Yo no tengo la culpa de que usted me desfalque; ya ve usted que por no asustar á mi mujer, le doy á lo que usted ha hecho el nombre más cortés. Cuando falta dinero en una caja, ya sabe usted el verdadero nombre que eso tiene.

TOM. Ya me lo ha dicho usted antes.

GAB. Y si todavía se insolenta usted se lo repetiré.

MARÍA ¡Por Dios, Gabriel!

TOM. Yo dispuse de ese dinero porque como venía castigado de muy lejos...

GAB. Algo habría usted hecho.

TOM. Eso es cuenta mía.

GAB. Y mía castigar las faltas.

TOM. Bueno, pues si ya estoy cesante, no tengo por qué hacer servicio. (Quitándose la gorra y buscando qué ponerse en su lugar.)

GAB. Está usted equivocado, el reglamento manda que despedido y todo hasta que venga el nuevo factor tiene usted que hacer su servicio.

TOM. ¿Y si no lo hago?

GAB. Le obligaré á usted á ello, porque el servicio es antes que todo y le obligaré á usted como jefe y como hombre, ¿lo entiende usted?

TOM. Ya me dijeron que era usted el jefe más duro de toda la línea.

GAB. ¡Ni duro ni blando! Soy esclavo de mi deber. Vaya usted á la obligación y no hablemos más.

TOM. ¡Está bien! (¡Como yo pueda... no te irás de vacío!)

ESCENA III

MARÍA y GABRIEL

MARÍA Eres demasiado severo, Gabriel.

GAB. Y á mucha honra. No hay más que una manera de mandar. No voy á consentir que mis empleados me roben. ¿Adónde iríamos

á parar si en estas estaciones aisladas, donde vivimos solos, lejos de todo comercio con la humanidad quatro personas, no se tuviera rigor en el servicio?

MARÍA ¡El servicio es tan duro, sobre todo, en invierno!

GAB. No te diré que no, pero un desfalco es una cosa sumamente grave.

MARÍA Este factor, realmente, no tiene buena cara...

GAB. Ni buenos hechos. Algún tuno echado de otra parte. ¡Bonito regalo me han hecho!

MARÍA Sí, pero para castigarle no hacía falta...

GAB. ¿Llamar á las cosas por su nombre?

MARÍA Es decir...

GAB. Nada, nada, María, ya sabes que en todo lo que se refiere á moralidad soy inflexible.

MARÍA Cuando se piensa que la vida de millones de personas que cruzan la línea en el año depende de un guarda-agujas que gana seis reales...

GAB. Y, sin embargo, velan, trabajan con exactitud matemática, para ellos no hay fiestas ni alegrías, día y noche clavados en su puesto... ¿Y como se ha llegado á este verdadero primor de moralidad y de servicio admirable, que es mi encanto y mi orgullo como empleado de la Empresa? Á fuerza de severidad y de rigor. ¡Créelo, no se manda más que de una manera!

MARÍA Eres autoritario.

GAB. En la vía. (Levantándose y acercándose á ella.) Pero en mi casa, en el seno de los míos, á las horas libres, débil, sometido, esclavo de mi María y de mi Paulina... Conque vamos á ver, vamos á ver, ¿qué tenemos de comer hoy? ¿Cómo andan mis gallinas? ¿Cómo anda la lección de Paulinita? ¿Y cómo sigue el cariño dulcísimo de mi María?

MARÍA Todo va bien.

GAB. ¡Todo va bien! Y lo dices así como quien dijera: seguimos aburriéndonos, Ya, ya observo que la estación de Villacorta, al pie de un monte, lejos del pueblo, no te gusta tanto como pensabas...

MARÍA ¿Pues no fuí yo la que te pidió que aun descendiendo de categoría me trajeras á un sitio solitario?

GAB. Es verdad, todos mis trabajos para ascender quedaron destruídos con tu deseo; ya sabes que yo no hago más que lo que tú quieres. Pero se me figura que estás triste, y temo que te aburras aqui.

MARÍA ¿Te aburres tú?

GAB. ¡Oh, yo, en los picos de Europa, en la más espantosa soledad sería feliz á tu lado! Me tengo por el hombre más dichoso del mundo.

MARÍA Luego... estamos de acuerdo.

GAB. Te quiero tanto, tengo el alma tan puesta en tí, y en mi niña, que la estación de Villacorta me parece el paraíso terrenal.

MARÍA Pues eso es lo que importa.

GAB. No, no solamente eso. ¡Importa que tú seas dichosa también!

MARÍA No soy tan expresiva ni tan elocuente como tú, pero me re... me regocija saber que eres feliz.

GAB. Claro es que este rincón del mundo no se puede comparar con aquel Madrid de que tú hablas á veces con tanto entusiasmo los días que estás de buen humor, que son, en verdad raros...

MARIA ¿No te gusta mi carácter?

GAB. Me gustas toda tú, ¿oyes? Y ya te lo dije cuando nos casamos, entonces tú eras un poquito romántica... ¿eh?

MARÍA ¡Bah!

GAB. Ya te lo dije; yo no comprendo el matrimonio sino para convertirlo, como dijo no sé quién del amor, en el egoismo de dos. ¿Te acuerdas? Recuerdo que estabas entonces muy novelesca, y puedo decir con orgullo que yo te he hecho otro carácter, porque...

MARIA Sí, porque como decías tú y repites todavía, la vida es prosa.

GAB. Pero, para los que se quieren bien, prosa exquisita, prosa clásica...

MARÍA Eso.

GAB. Sin que yo deje de creer que hay una poesía que pudiéramos llamar casera...

MARÍA ¡Casera! (Sonriendo amargamente.)

GAB. Sí, la que hemos realizado aquí los tres, tú, Paulinita y yo. Un pedazo de pan para vivir tranquilos un marido y una mujer jóvenes y honrados, y una chiquilla muy bonita... Aunque no soy literato ni sabiondo como tú, lectora constante de novelas, recuerdo que un gran poeta ha dicho: «El Paraíso es un lugar donde todos los matrimonios son jóvenes y todos los niños hermosos...» ¡Pues queda declarado paraíso español la gran estación de Villacorta! Aquí está el ángel de la casa. (Por Paulina, que viene con una cesta de manzanas.) ¿Quién me quiere á mí más que nadie en el mundo?

PAU. ¡Yo!

GAB. ¿Y quién quiere á la niña más que nadie en el mundo?

PAU. ¡Mi papá!

GAB. ¡Pues papá le va á dar un beso á mamá y otro á la niña, y vamos á ver quién besa más fuerte!

PAU. ¡No, no; á mí primero!

GAB. Pues á ti primero. ¡Toma! ¡Y toma tú, mi María de mi alma, toma!

MARÍA (Levantándose y yendo á la ventana.) (¡Qué vida, Dios mío, qué suplicio de vida!)

ESCENA IV

DICHOS. PELAEZ

PEL. De Vitoria nos envían una máquina suelta; dicen que se guarde aquí, por si hacen falta dos para la cuesta.

GAB. ¿Y por qué?

PEL. Porque empieza á nevar, y hacia la frontera hay ya mucha nieve.

GAB. Bueno, diga usté que está bien.

PEL. ¿No ha visto usted si anda por ahí *El Eco de la Regeneración proletaria?*

GAB. (Riendo.) No sé, hombre; yo no me ocupo de eso.

PEL. Debía recibirlo hoy, y no ha llegado. (Mirando á María.) ¡Siempre triste! (Se sienta á leer junto á la puerta del telégrafo.)

ESCENA V

DICHOS. DON RAMÓN

RAM. ¿Hay para todos?

PAU. ¡Hola, don Ramón! ¿Quiere usted una?

RAM. Muchas gracias. Yo ya he almorzado. ¿Qué tal, qué tal?

PAU. Bien.

GAB. Bien, gracias, se dice.

MARÍA Y se besa la mano. (La niña le besa la mano.)

RAM. Dios te bendiga, hija. Conque... ¿qué se hace, don Gabriel? ¿Se da un paseo ó se juega al tute?

GAB. Como usted quiera, padre.

RAM. ¡A cara ó cruz!

GAB. ¡Bueno!

RAM. Porque hace un sol tan hermoso y un frío tan sano, que dan ganas de echar una paseata.

MARÍA ¿Verdad?

RAM. Pero como á usted le gusta su partidita de tute, y me debe usted la revancha...

GAB. Pues usted resolverá.

RAM. Lo que diga la señora.

MARÍA Váyanse ustedes á estirar las piernas, pronto nevará y no podrán.

RAM. Vaya, vaya, pida usted.

GAB. Cara.

RAM. Cruz... es decir... no va bien así... Aguarde usted, aguarde usted... Si es cara, á paseo, y si es cruz, tute.

GAB. Venga.

RAM. Allá va. (Echa la moneda al aire.) ¡Cruz! ¡Venga la baraja! Ya verá usted qué media peseta más hermosa va usted á soltar... Hoy estoy de suerte. Por la mañana he casado á dos personas muy honradas, y por la tarde una

persona desconocida me ha enviado bajo sobre cincuenta pesetas, con un papelito que dice: «Para los pobres.» Cincuenta pesetas en un pueblo tan pequeño como éste... y tan modesto... ¿Quién será?

PEL. Algún ladrón.

RAM. ¡Hola, Peláez! Tú habías de ser... y siempre el mismo. ¡Vaya una manera de llamar á las almas caritativas! ¡San José bendito, qué cosas se oyen!

PEL. ¡Pues es claro! Alguno que habrá hecho lo que tiene á costa de los pobres, y le remorderá la conciencia.

RAM. Yo no tengo que meterme en eso, no veo más que una mano generosa que envía dinero á la Iglesia.

PEL. ¡La Iglesia! ¡La Iglesia!...

RAM. ¡No empieces! Porque con tus lecturas y con tu odio á la humanidad, vas resultando, sin que te ofendas, algo así como una especie de lo que yo me sé.

PEL. Y á mucha honra.

RAM. Hombre, por Dios, no digas barbaridades y no ofendas al Señor. Corte usted, don Gabriel Ya, ya veo que gastas parte de tu modestísimo sueldo en papelotes y en libros terribles. El as de espadas; con el siete se quita.

PEL. Y usted, ¿qué lee? *¿El Siglo Futuro?*

RAM. No, señor.

PEL. *¿El Correo Español?*

RAM. Tampoco. Mia. (Cogiendo baza.)

PEL. ¿Pues qué lee usted?

RAM. Mis Evangelios y mi Breviario. Las cartas de mis feligreses desgraciados, por ver si les puedo arreglar sus cosas; y cuando tengo tiempo, mi *Don Quijote* ó mi *Año Cristiano*, porque si no lo sabes, apréndelo, yo no soy más que cura.

PEL. Cuando no los haya...

GAB. ¡Peláez, Pelácz, cuidado con la lengua! Oros.

RAM. Pues mira, si no los hay, me quedaré siendo lo que era, Ramón Larrondo, el de Tudela. ¡Triunfo!

GAB. Veinte en copas.

RAM. ¡Bueno!

PEL. (Acercándose.) ¡No, no los habrá, ni habrá soldados, ni gobiernos, ni autoridades, ni nada de todo eso!

RAM. ¡Eso es! ¡La fin del mundo!

PEL. Algo parecido.

GAB. Paulinita, vete á coger una buena col á la huerta, anda, hija mia.

RAM. Sí, hace usted bien, porque este pecador dice unas cosas que no deben oirlas los niños.

MARÍA Y no te acerques á la vía...

PEL. Yo sé lo que me digo, porque el mundo está muy mal arreglado, ¿lo entiende usted? Y se ha de arreglar, porque el mundo... marcha. Y todo esto de la política es lo de menos, ¿lo entiende usted? Lo que importa es ocuparse de los que sufren, y que no haya en el mundo diez ó doce mil ricos y millones de pobres, y que yo no le obligue á mi prójimo á llevarme en coche porque el infeliz no ha nacido con tantos medios como yo, y que...

RAM. Bueno, bueno; pues el jueves, cuando pase el coche que va al Robledal á las cinco de la mañana, y nevando, ya harás el favor, en lugar de tomar un asiento, de meter al mayoral dentro y ponerte tú en el pescante, y guías cara á la nieve, ¿oyes?

PEL. ¡Hombre, eso es otra cosa!

RAM. Pues aplícate el cuento, hijo mío, aplícate el cuento. ¡El tres! Aplica el cuento.

GAB. ¡El as!

RAM. ¡Vaya por Dios!

MARÍA Responda usté á eso.

PEL. No hay que mirar las cosas tan en pequeño, señor cura; hay que ver las cosas en grande. Es menester que se acaben los abusos, ¿lo entiende usté? Que yo no vea pasear en un coche-salón á los criados del duque ó del marqués que ganan diez veces más que yo, por no hacer nada, mientras que yo me paso la vida como un perro; que se encuentre,

que se encontrará, y costará muchísima sangre, una solución á lo que llamamos el problema social, ¿lo entiende usted?

RAM. Veinte en bastos. ¡Pues yo la tengo!

PEL. ¿Uste?

RAM. Yo, el pobre cura navarro. Y puedes decírselo á esos que te envían folletos y escriben en los periódicos y revuelven el mundo, que yo he encontrado la solución del problema social, y no hay gobierno que haya hecho otro tanto; sí, señor, la solución no es más que una, no hay otra.

PEL. ¿Y cuál es, si se puede saber?

RAM. (Levantándose y con acento profundamente cristiano y solemne.) ¡La resignación!

GAB. ¡Bravo, señor cura, muy bien!

MARÍA (¡Dios mío, dádmela á mí si ella es la que da fuerzas para luchar!)

PEL. ¡No todos la tienen!

RAM. ¡Ah! ¡Ahí está el secreto de los males presentes! No la tienen todos porque hemos progresado mucho materialmente; pero nuestras pasiones y nuestros vicios van en aumento; todos queremos la riqueza, el bienestar, la abundancia, las comodidades, el dinero, la gloria... todos queremos la felicidad de repente, caída del cielo como el maná, los placeres y la vida á gusto sin sacrificios y sin penas... y así resulta que no hay tal cuestión social, ni tal anarquía, ni tal aspiración universal, ni tal crisis; ¡todo eso junto tiene un nombre: todo eso se llama la soberbia humana!

GAB. Muy bien, don Ramón; y contra soberbia humildad, ¿no es eso?

RAM. Eso mismo. Y contra las veinte en copas las cuarenta y mis veinte en bastos y el tres y el as y mis diez de últimas, y media peseta *me fecit*, señor jefe.

GAB. ¡Ahí va!

RAM. ¡Já, já, já! Ya tengo para el mocete que me ayuda la misa. Anda, Martinillo, toma y vuelve por otra. (Ruido del timbre del telégrafo.)

PEL. Me llaman al aparato.

RAM. Pues al aparato. Ea, don Gabriel, todavía hay una hora de sol; coja usted las escopetas y vamos á ver si matamos unos zorzales para comérnoslos con arroz.

GAB. Con mucho gusto, don Ramón; hasta el tren correo falta una hora. (Coge las escopetas y el morral.)

RAM. Hasta luego, doña María.

MARÍA (Aparte.) Tengo que hablar con usted á solas.

RAM. En la iglesia ó en mi jardín toda la mañana.

PEL. (Saliendo.) Veintidós minutos de retraso desde Alsásua.

GAB. Mejor; eso más tenemos para pegar cuatro tiros.

RAM. Pues andando.

PEL. Ya nos pelearemos mañana, don Ramón.

RAM. Todo lo que quieras. Entretanto, no se te olvide que la cuestión social la resolvió Dios nuestro Señor hace ya diecinueve siglos, con solo seis palabras. ¿Quiéres que te las diga?

PEL. Como usté quiera.

RAM. ¡Amaos los unos á los otros!

GAB Muy bien, don Ramón, muy bien. Pase usted.

RAM. No, señor; usted primero.

GAB. ¡No faltaba más!

RAM. ¡Amaos los unos á los otros! ¡Qué cosa más grande! Ea, hasta luego, hija mía; hasta luego, Martinillo, hasta luego. ¡Hasta luego!

ESCENA VI

MARIA, PELAEZ

PEL. Amaos los unos á los otros... Ya lo ha oído usted... el cura lo ha dicho.

MARÍA Pelaez, por Dios, no intente usted volver á empezar; hace un mes que no hemos vuelto á encontrarnos juntos y solos... ya sabe usted lo que le dije la última vez.

PEL. Amaos los unos á los otros. Como quien

dice: Martín, amarás á María. María, amarás á Martín.

MARÍA Extraña manera de interpretar las santas palabras... Martín vive aquí, bajo mi techo, á las órdenes de mi marido, que le sienta á su mesa. Martín habla mucho de abusos y de leyes humanas, y no debiera decir lo que acaba de decir ahora.

PEL. Pero Martín Pelaez es hombre, y tiene su corazón para sentir, y las pasiones no se pueden evitar porque son cosas que vienen así, sin que uno quiera.

MARÍA ¡Ay, eso es verdad!

PEL. Ya ve que usted no lo puede negar. ¡Qué culpa tengo yo de haber caído aquí, en este desierto que se llama la estación de Villacorta, sin ver día y noche y semanas y meses más mujer que usted, y verla tan hermosa y oirla disputarse con su marido!

MARÍA ¡Pelaez!

PEL. Sí, señora; esto es muy chico y todo se oye, y yo observo y callo; pero usted no quiere á don Gabriel.

MARÍA ¿Qué sabe usted?

PEL. Yo sé muchas cosas.

MARÍA ¿Qué cosas?

PEL. Ya, ya iremos llegando. (Suenan dos tiros muy lejanos.) Están lejos... tenemos tiempo; hoy van á ponerse aquí las cosas en claro.

MARÍA No sé qué quiere usted decir.

PEL. Quiero decir, ahora que nadie me oye, que estoy locamente enamorado de usted; que he hecho todo lo posible por ahogar esta pasión, porque ya sé yo que no es noble lo que hago; pero no puedo, ¿lo entiende usted? no puedo. ¡Cuantos más días pasan más me atrae usted, más hermosa la veo; mis noches son horribles... hay momentos en que me dan ganas de salir y echarme al río!

MARÍA ¡Jesus!

PEL. Porque todos los que pasan son más felices que yo; yo no sé todavía lo que es un momento bueno en este mundo... ¡para más

desgracia, para colmo de desdichas estoy enamorado de usted, y usted no me quiere!

MARÍA (¡Pobre muchacho!)

PEL. ¿Conoce usted un dolor parecido á este mío?

MARÍA ¡Oh, sí! ¡Querer y ser querido, y no poder serlo!

PEL. ¡Ah! Ya sé adónde va usted á parar, y ya hablaremos de eso.

MARÍA Va usted estando demasiado misterioso, y no tengo por qué soportárselo.

PEL. ¡Ya iremos llegando! Mi situación es desesperada. No ha nacido un hombre más infeliz que yo.

MARÍA Cada cual cree sus penas las mayores; esa es la ley humana.

PEL. Mayores que las mías no puedé haberlas. Yo no he conocido padre ni madre; soy un inclusero, un expósito... Cada vez que pasa el tren de lujo y veo en sus vagones arrellanados á tantos ricos, me digo: ¡Quién sabe si tu padre ó tu madre pasan ahí y te miran con indiferencia!... por eso me oyen ustedes hablar siempre contra la familia. ¡Desde la edad más tierna, á esa edad en que todos los niños juegan y ríen y sienten las caricias de una madre, yo no he hecho más que padecer hasta venir aquí á pasar los años encerrado en esta soledad, viendo pasar por delante de mí á todos los dichosos del mundo! Mi primera pasión, esa que nace ciega, sin que uno tenga conciencia ni culpa, es usted, y tenía que ser así, porque es usted la primera hermosura que he visto de cerca. Y ahora me encuentro solo, enamorado, despreciado y triste, sintiéndome un alma que habría podido ser grande y generosa, pero que no vive sino para maldecir y para odiar. Dicen que soy violento, que soy un monstruo... ¿pues qué quieren que sea? (Llorando.)

MARÍA Un resignado. El padre de las almas lo ha dicho hace un instante.

PEL. ¡Resignado! Ya lo sería si no me pasaran por la cabeza ideas terribles. Su niña de us-

ted es el único sér que me quiere en este mundo, y después de usted, el único sér á quien quiero yo. Parece que adivina mis penas... Siempre que me ve triste se me sube á las rodillas, y dándome un beso me dice: —¿Qué tienes, Martín?

MARÍA ¡Animo! Tenga usted la serenidad que le hace falta para comprender que mi corazón no puede ser nunca de usted... ¡mi corazón no es mío!

PEL. Bueno estaría eso si no hubiera nacido en mi alma una pasión mil veces más terrible que el amor.

MARÍA ¿Qué?

PEL. ¡Los celos!

MARÍA ¿Celos de quién?

PEL. No hay para qué disimular, yo le he abierto á usted mi corazón... Abrame usted el suyo, usted no quiere á don Gabriel...

MARÍA ¡Ah!

PEL. No me quiere usted á mí...

MARÍA ¡No!

PEL. ¡Porque quiere usted á otro!

MARÍA ¿Con qué derecho supone usted tal cosa?

PEL. ¿No le dije á usted que ya iríamos llegando? Yo espío, sigo todos sus pasos de usted; me molesta todo el que la habla, me dan envidia las flores que coge usted por las mañanas... todo lo que á usted se refiere es para mí como cosa mía... y como yo soy el que sale al andén á buscar el correo para recoger mis periódicos, hace tres días, entre la correspondencia del jefe había una carta para usted...

MARÍA ¡Oh, Dios!

PEL. Una carta muy elegante, con cifras doradas en el sobre... una carta que parecía decirme ¡abre! y abrí.

MARÍA ¡Ah, miserable!

PEL. Ya hemos llegado al momento de poner las cosas en claro.

MARÍA ¡Esa carta!

PEL. Está enterrada. Hay un hombre que está loco de amor por usted, lo dice allí, me sé sus palabras de memoria.

MARÍA (¡Es él, es Torrente, no hay duda!)

PEL. Y siguen las protestas de amor, los recuerdos del tiempo pasado... ¡Ah, no! Estoy yo aquí para oponerme... ¡O mía ó de nadie!

MARÍA Esa es una carta equivocada, Marías hay mil.

PEL. Esa carta es para la mujer que obedeció á á su padre y se casó con el jefe de esta estación, á despecho de Luis... ¿No se llama Luis? ¡Si en su carta lo cuenta todo!

MARÍA (¡El es!)

PEL. ¿Y ese vendrá aquí á privarme de la presencia de la que es el único consuelo de mi desdichada vida? ¡Antes entregaré la carta á don Gabriel y suceda lo que suceda!

MARÍA ¡Oh, no, no hará usted eso!

PEL. Haré todo lo que hace un hombre desesperado.

MARÍA ¡Yo se lo pediré a usted por Dios!

PEL. Y yo le pediré á usted por Dios que me dé la paz de mi alma... ¡María... María!... ¡Tenga usted compasión de mí, ó si no!...

GAB. (Dentro.) ¡Paulina!

RAM. ¡Paulinita, vamos!

MARÍA ¡Vuelven!

PEL. Piénselo usted. Le doy todo el día de mañana. (Se va á la puerta de su oficina.)

MARÍA Torrente va á venir... ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío!

ESCENA VII

MARIA, GABRIEL, DON RAMON, PAULINA

RAM. ¡Aquí traemos la cena!

PEL. ¡Hombre! ¿Zorzales?

RAM. ¡Zorzales! Es decir, un zorzal y cuatro pajarracos; pero todo es bueno.

GAB. Anda, Paulinita, vé á buscar tus libros para que te tome la lección.

RAM. ¿Sigue usted de maestro?

GAB. Ya sabe usted que en el pueblo no había

más que una maestra y se ha muerto de hambre.

RAM. ¡Qué vergüenza! ¡Yá, ya la ví á la infeliz!

GAB. Vamos, hija mía.

PEL. Y entre tanto hay quien cobra miles de duros al año, y quien pierde millones al juego. y cuando yo hablo me llaman ustedes monstruo..

RAM. Bueno, bueno, no arreglemos el mundo. Dios sabe lo que se hace.

GAB. ¿Te vas, María?

MARÍA Ahora vendré, después del primer tren. (Se oye el cuerno del guarda aguja.)

GAB. Ya tenemos ahí el correo.

RAM. Peláez, don Gabriel me ha convidado á cenar. Yo te convido á tí. ¿Eh, don Gabriel?

GAB. ¡Pues ya lo creo!

TOMÁS El tren, don Gabriel.

GAB. Ya, ya. (Va al despacho de billetes.)

RAM. (A Tomás.) Tome usted, á ver si nos hace doña María ese zorzal que sepa á gloria.

PAU. ¡Y es hermoso! (En este momento entran los viajeros á tomar los billetes.)

LAB. Tercera, Villabona.

COBRAD. Una peseta. (Entran tres repatriados y una vieja.)

VIAJERO Uno de segunda para Irún. (Tomás estará facturando los equipajes.)

PEL. ¡Vaya unos capitalistas, don Ramón!

RAM. Hay mucho pobre.

PEL Hay demasiados.

QUIN. 1.º Tres de tercera, San Sebastián.

PEL. ¿De dónde venís, de Cuba, verdad?

QUIN. 2.º Sí, señor.

PEL. Buenos venís.

QUIN. 1.º ¡Que no llore usted, madre!

RAM. ¡Pobrecitos!

QUIN. 1.º ¡Hala, arrea! (A los demás.)

RAM. Espera, espera. Pués ya no me acordaba yo de mis cincuenta pesetas. Ahí tienes, dos duros, y ahí tienes otros dos, y ahí tienes otros dos.

VIEJA (Llorando.) ¡Ay, señor cura, Dios se lo pague á usted!

RAM. Levanta, hija, levanta, vaya por Dios.

VIEJA ¡Hijo de mi vida!

PEL. ¿Ve usted eso? ¿Pues no dan ganas de pegarle fuego á Madrid?

GAB. ¡Peláez, vaya usted á su telégrafo!

RAM. En fin, de todo ha de haber... en esta miserable existencia.

GAB. Ahora vengo.

ESCENA VIII

MARÍA. DON RAMON

MARIA ¡Don Ramón!

RAM. Hija mía.

MARIA ¡Necesito hablar con usted!

RAM. ¿Pues qué pasa?

MARIA ¡Mis fuerzas flaquean.. mi razón sucumbe!

RAM. Después de una confesión tan hermosa como hizo usted el otro día...

MARIA ¡Sin usted, sabe Dios lo que haré!

RAM. ¡Por Dios, doña María, por Dios!

MARIA Suceden cosas graves

RAM. Pues si yo puedo evitarlas, mi deber es ese. (Suenan las tres campanadas de aviso.)

MARIA Hablemos á solas.

RAM. ¿Y cuándo y cómo? Don Gabriel está siempre aquí. Venga usted á la iglesia.

MARIA ¡Oh, no; es muy urgente!... Esta noche, mientras Gabriel duerme entre el tren de las doce y el de las seis...

RAM. ¿Y si me ve?

MARIA Dirá usted que viene de visitar á un enfermo.

RAM. ¡Ah, sí! Y diré la verdad. Hay una pobre mujer en un caserío que está gravísima, y acaso tendré que administrarla de un momento á otro. Iré á verla, y á la vuelta entraré.

MARIA Gracias, padre, mil gracias.

RAM. Pero calma, por la Virgen Santísima, domine usted sus pasiones. Esta paz tan hermosa...

MARIA Ya hablaremos, ya hablaremos de todo.

TOM. (Dentro.) ¡Señores viajeros, al treeen!

MARIA Gabriel va á volver. Hasta luego. (Se va.)

RAM. Hasta luego. (Se oye el pito y el ruido del tren que se va.) ¡Dios mío, que nadie sepa ni quiera vivir tranquilo y como Dios manda! ¡Qué desdichado corazón humano!

ESCENA IX

DON RAMÓN, GABRIEL

GAB. Conque, mi querido don Ramón, ya me tiene usted libre hasta las diez de la noche. Se trata de que nos comamos ese zorzal en amor y compañía.

RAM. Sí, señor; así parece.

GAB. Yo voy á dar la lección á la niña lo primero. Entre tanto, podía usted ir á la huerta y coger media docenita de esas alcachofas que con tantas fatigas y cuidados hemos criado María y yo.

RAM. ¡Ya lo creo! ¡Ahora mismo!

GAB. Yo sacaré del sótano un par de botellas de Rioja, y otra de excelente Domec, que es el gran vino para charlar después de comer.

RAM. ¡Bueno!

GAB. Y nos vamos á dar aquí en familia...

RAM. ¡Lo que se llama un verde!

GAB. ¡Hombre, un verde!

RAM. Llámelo usted como quiera, la cuestión es que cenaremos como unos canónigos, sin ofender á nadie. ¡Voy por eso!

ESCENA X

GABRIEL, PAULINA y TORRENTE

TOR. ¿El señor jefe de la estación?

GAB. Servidor de usted.

TOR. ¡He perdido el tren! (Cruzando los brazos en la actitud de un hombre sumamente contrariado. Gabriel estará sentado en la mesa y la niña enfrente.)

GAB. ¡Ah! ¡Es usted! Ya se lo dije cuando bajó del vagón y echó á correr hacia allá abajo.

TOR. Creí que tenía tiempo; quise ver de cerca esas ruinas que recuerdan un hecho de armas glorioso, y cuando volví la cara ya estaba el tren corriendo. ¡Si usted me hubiera aguardado un instante!

GAB. Ya le hice á usted señas y le grité. Qué quiere usted, el servicio no se puede interrumpir y la responsabilidad de un retraso cualquiera cuesta muy cara. La Compañía es muy severa, y hace bien.

TOR. Sí, ya lo comprendo; pero es un contratiempo que me trae un perjuicio grande; también yo tengo responsabilidades... (No recela nada.)

GAB. Pues señor mio (Yendo á colgar su paletó á la percha, y volviéndole la espalda dice toda la frase.) ya no tiene remedio.

TOR. (Lo importante es que yo pase aquí la noche.)

GAB. No hay más que esperar al tren de la mañana.

TOR. ¿De la mañana?

GAB. A las siete. El sud-exprés; pero cuesta más caro.

TOR. ¿Y el billete de éste perdido?

GAB. Perdido no, porque yo se lo validaré á usted.

TOR. Muchísimas gracias. Son las seis de la tarde, ¿qué hago yo esta noche? ¿El pueblo está lejos?

GAB. Mucho; y la posada es muy mala; pero en fin, una mala noche pronto se pasa. Vamos, Paulinita.

PAU. ¡Vamos, Papá!

TOR. Perdóneme usted que le moleste, y ante todo permítame que le diga con quien habla, porque, como suele decirse, hablando se entiende la gente. Usted se llama Ponce, ¿verdad?

GAB. Gabriel Ponce, para servir á usted.

TOR. El jefe de Burgos, que es amigo mío, me habló de usted.

GAB. ¿Y con qué motivo?

TOR. Con el de haberle yo preguntado por la his-

tórica cruz.—Allí hay un buen amigo mío, y una persona á quien todos queremos mucho,—me dijo.

GAB. Dios se lo pague.

TOR. (Qué nombre le daré.) Yo me llamo Federico Aznar. Soy capitán de artillería y voy de agregado militar á la Embajada de España en Rusia.

GAB. (Levantándose.) Si hubiera usted empezado por ahí... Espera un poco, hija mía... yo no le hubiera tomado á usted por un viajero cualquiera. (Quitándose la gorra.)

PEL. (Asomando.) De Andoain preguntan cuántos vagones tenemos sobrantes.

GAB. Nueve.—A una persona como usted hay que recibirla con todos los honores.

PEL. Algún aristócrata. Ya está el jefe echándose por los suelos. ¡Hum! (La niña se pone á leer hasta que hable.)

TOR. ¡Hágame usted el favor de cubrirse! (Ya es mío.)

GAB. Nuestra casa es muy chica y la Compañía no ha pensado en que tengamos huéspedes; pero por esta noche puedo darle á usted mesa y cama.

TOR. (Ya me quedo aquí.)

GAB. Allí está nuestra habitación; pero allí no tengo más que mi cama de matrimonio y la camita de Paulina. Ahí, en ese sofá, duermo yo á ratos mientras dura el servicio de noche.

TOR. ¿Luego un jefe de estación... no duerme seguido nunca?

GAB. Verá usted. A las siete tengo el mixto de Madrid, que muere en Irún; á las doce de la noche el mercancías ascendente. A las tres, otro mercancías descendente; á las cuatro, el sud-exprés tres veces por semana, y á las siete, el correo que viene de Francia. Como estoy solo y aquí no hay subjefe, yo tengo que hacérmelo todo; pero crea usted que la fuerza de la costumbre es tal, que de nueve á doce, de doce á cuatro y de cuatro á seis duermo profundamente, y yo mismo

me despierto para recibir mis trenes, y vuelvo á acostarme y en seguida ronco.

TOR. ¡De veras! ¿Y si una noche se durmiera usted demasiado?

GAB. Recibiría el tren el mozo ó el telegrafista: en estas estaciones tan ínfimas, todos hacemos de todo. Eso sí, en cuanto despacho el de las seis ó el que va para Madrid después del sud-exprés, me voy á mi cuarto, me desnudo y duermo seguido, como usted dice, hasta las doce ó la una ¿Y qué me dice usted del telegrafista, que duerme ahí en su oficinilla en un sofá todo el año? Nuestra vida es muy dura. Hay quien lo lleva á mal y odia su suerte, y hay quien lo lleva muy bien, como yo, que soy modesto y buen cristiano. Ya sabe usted cómo es por dentro y por fuera este su nuevo amigo y humildísimo servidor, Gabriel Ponce, natural de Madrid y jefe de la estación del gran pueblo de Villacorta.

TOR. *Enchanté,* como dicen los franceses. (Por Dios, que no me lo figuré así.)

GAB. Aquí tiene usted su cama. (Señalando al sofá.) No tengo otra.

TOR. De ninguna manera. ¿Y usted?

GAB. Yo no tengo cama, pero tengo colchones, y haré traer aquí un par de ellos, y habrá dos camas en seguida. ¡Figúrese usted, si en el sofá duermo como un prior, lo que será en un colchón!

TOR. Pero no...

GAB. A menos que prefiera usted los colchones.

TOR. No, eso no.

GAB. ¡Como usted quiera! Por mí no tenga cuidado, que ni un minuto de sueño me roba. Y si bebo cerveza, ¡oh!, entonces ya no es sueño, es algo como la muerte.

TOR. En cambio, yo no duermo nada.

GAB. ¿Tiene usted mala salud?

TOR. No.

GAB. Lo que sí temo es que usted no duerma con el ruído de las máquinas, de la caldera, del pito, la campana... Una estación de noche es un lío muy complicado.

TOR. Le envidio á usted su buen humor.

GAB. Como que soy feliz.

TOR. ¿Es usted... feliz? (Parece que le inspiran para desesperarme.)

GAB. Felicísimo. Tengo una mujer muy bonita y muy buena. Ahora la verá usted. Tengo una preciosidad de hija, que me quiere mucho... ¡Mírela usted cómo se ríe! ¿Quién quiere á papá más que nadie en el mundo?

PAU. ¡La señorita Paulina!

GAB. ¡Ajaja! ¡Vengan esos besos! (La besa.) Ahí tiene usted; con esto, y con saber que tengo asegurado el pan de cada día, y que nadie tiene nada malo que decir de mí, me considero más dichoso que todos los millonarios del mundo.

TOR. (¡A costa mía!)

GAB. ¡María!

PAU. ¿Quieres que la llame?

GAB. No, deja. ¡María!

MARÍA ¿Qué quieres? (¡¡Torrente!!)

TOR. (¡Ella! ¡Gracias á Dios!)

ESCENA XI

TORRENTE, MARÍA, GABRIEL, PAULINA, TOMÁS; luego PELAEZ

PEL. De San Sebastián viene otra máquina suelta; dicen que la guardemos aquí.

GAB. ¿Ya salió?

PEL. Sí, señor; está en camino.

GAB. Prevenga usted al guarda-agujas que le dé la segunda vía.

PEL. (¿Quién es este tío?...) (Se va.)

MARÍA (¡Dios nos favorezca!)

GAB. Te presento á este caballero, que ha perdido el tren y va á pasar la noche con nosotros.

TOR. Señora...

GAB. ¿Qué tienes?

MARÍA No, nada; sino que como la niña suele jugar en la vía y no la encontraba en ninguna parte...

PAU. Estaba aquí, mamita; no te apures.

GAB. ¿Cómo me ha dicho usted que se llama?

TOR. Federico Aznar.

GAB. Don Federico Aznar, militar y diplomático. Hay que preparar de cenar y hacer traer aquí dos colchones.

TOR. Yo siento muchísimo el trastorno...

MARÍA Tenemos mucho gusto..

TOM. ¿Quiere usted firmar la hoja, don Gabriel?

GAB. Venga todo. Aquí se aburrirá usted, porque no hay nada que hacer. ¿Si quiere usted dar un paseo hasta la hora de cenar?...

TOR. Todo lo que no sea incomodar á ustedes...

GAB. Acompáñale, María; enséñale nuestro jardín y nuestras gallinas; yo voy á firmar y á dar la lección á la niña.

TOR. Con tan amable guía, las horas me han de parecer minutos.

GAB. Galante como buen madrileño. Yo iré á buscar á ustedes de aquí á un rato.

MARÍA Cuando usted guste...

TOR. Muchas gracias, señora. (¡No te vendas!)

MARÍA (¡Qué es lo que has hecho!) (En este momento sale Peláez y los ve marchar juntos.)

TOR. (¡Amarte como un loco!)

PEL. Sale de Villalarga el mil veintidós.

GAB. Avise usted. (Peláez va á la puerta y toca la campana.) Vamos á ver. ¿Cuántos dioses hay?

PAU. Uno.

GAB. ¿Cuántas personas?

PAU. Tres. Padre, Hijo y Espíritu Santo.

GAB. El Padre, ¿es Dios?

PAU. Sí, padre.

GAB. El Hijo, ¿es Dios?

PAU. Sí, padre.

GAB. El Espíritu Santo, ¿es Dios?

PAU. Sí, padre.

GAB. ¿Son tres dioses?...

PAU. Tres personas distintas y un solo Dios verdadero.

GAB. Y las oraciones de la noche, ¿las sabes?

PAU. Sí, papá.

GAB. Con Dios me acuesto...

PAU. Con Dios me levanto,
con la Virgen Santísima
y el Espíritu Santo.

GAB. Cuatro esquinitas...

PAU. Tiene mi cama.
Cuatro angelitos
que me la guardan.

GAB. ¡Ven aquí, ven, que te voy á comer á besos! ¡Tienes más talento que pesas! ¡Uy, qué hija tan rica! (Poniéndola sobre sus rodillas y besándola mucho.)

PEL. (Desde la puerta.) ¡Este hombre... es el de la carta!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración. Supónese que nieva fuera. Las personas que entren ó salgan, para volver á escena, deben aparecer cubiertas de nieve. Al levantarse el telón, don Ramón, María, Peláez, Paulina, Gabriel y Torrente están sentados á la mesa, acabando de cenar. En la mesa hay una lámpara, á cuya sola luz debe estar alumbrada la escena.

ESCENA PRIMERA

GABRIEL, TORRENTE, DON RAMÓN, sentados á la mesa. MARÍA y PAULINA de pie, como acabando de levantarse

RAM. ¡Ja, ja, ja, ja!

MARIA (¡No, no es posible fingir así, no hay fuerzas para ello!)

PEL. ¿Se va usted, doña María?

MARIA A acostar á la niña. Vamos, Paulina, á la cama.

PAU. Adiós, papá.

GAB. Adiós, lucero.

PAU. Adiós, don Ramón, buenas noches.

RAM. Anda con Dios resalada, que Dios te dé un buen sueño y que le pidas á la Virgen por todos, que buena falta nos hace.

MARIA A usted no.

RAM. Todos somos pecadores. Unos por ignorancia y otros por picardía.

PAU. Adiós, Peláez, ¿hoy no has estado triste, verdad?

PEL. Por darte gusto á tí.

PAU. ¡Porque has bebido mucho vino!

PEL. Ahí tiene usted la única persona que me quiere á mí en el mundo. Adiós, sol de España; buenas noches.

MARIA A usted, como ya no le veré... le deseo muy feliz viaje...

TOR. Y yo le doy á usted mil gracias por su amable hospitalidad. (Dándole la mano.) (Aquí espero.)

MARIA (¡Por Dios!...) Paulina, esta noche dormirás allí, (Por la puerta primera derecha.) papá necesita de tus colchones para este señor.

TOR. (Si no, iré por tí.)

PAU. Buenas noches tenga usted.

TOR. Adiós, niñita... (Va á besarla.)

MARIA ¡Oh, no!

PAU. ¿Por qué no quieres que me bese?...

MARIA ¡Anda!

PAU. ¡Adiós, caballero! (Echándole un beso.)

RAM. *Vinus bonus, lætificat cor hominis*, dice la Escritura.

PEL. (¡Se han hablado en secreto!)

RAM. ¿Qué miras, hombre, qué miras?

PEL. ¡La niña! ¡Mis amores!

RAM. Puede ser que esta noche venga yo aquí á deshora. (Entra Tomás cubierto de nieve.)

TOR. (¡Oh, Dios!)

GAB. ¿Ya se quiere usted ir, don Ramón?

RAM. No; digo que al salir de aquí voy á ver á la Ramoncha, la casera, que se está medio muriendo; y si sigue nevando, entraré á calentarme un poco...

GAB. Usted viene á su casa.

TOR. (A Tomas.) ¿Nieva?

TOMÁS Ya lo ve usté.

GAB. Responda usted bien, que todavía está usted á mis órdenes.

RAM. Ya se lo dige á usted esta tarde cazando que nevaría.

GAB. Traiga usté dos colchones, una manta y unas almohadas.

TOMÁS ¿A dónde hay que ponerlos?

GAB. Ahí, junto á la puerta.

PEL. ¿Con que dice usted... que va usted á París?

TOR. Allí voy, pero no me detengo. El Sud-Exprés llega en el día á París; allí tomo el Oriente-Exprés, que me lleva á Viena. De Viena á San Petersburgo.

PEL. ¡Conque á Rusia! (Zumbón y algo balbuciente.)

TOR. Sí, señor. ¿Le choca á usted?

RAM. A este le choca todo.

PEL. ¡Bien, don Luis, bien!

TOR. (¿Cómo?) (Muy sorprendido.)

GAB. Pero hombre, ¿no ha oído usted que durante toda la cena le he estado llamando don Federico? ¿Por qué le llama usted don Luis?

PEL. ¡Pues ya ve usted que se deja llamar don Luis!

TOR. ¡Pero si no me da usted tiempo de rectificar!... Yo no sé que le he hecho á su telegrafista de usted que no cesa de meterse conmigo.

GAB. En verdad, Peláez, que voy á sentir haberle convidado á usted á cenar.

PEL. Pues no lo sienta usted, porque yo estoy aquí y en todas partes para ayudarle á usted y para estar al cuidado de los intereses de usted; ¿lo entiende usted?

RAM. (¡San José bendito; este está peneque!)

PEL. ¿Le he faltado yo á usted alguna vez en algo?

GAB. No, hombre, no.

PEL. ¿No vivimos aquí como dos hermanos? ¡Como dos hermanos, sí señor! (A Torrente.)

TOR. Si no lo dudo. (¿Sabrá algo?)

GAB. Peláez, hágame usted el favor de callarse.

PEL. Somos todos unos aquí, en este rincón del mundo, y yo á don Gabriel lo quiero muchísimo, aunque usted venga aquí á darle quejas de mí.

TOR. No ha sido esa mi intención... no lo tome usted así.

PEL. Y á este que ve usted aquí (Tocando en el hombro al jefe.) no le ha de hacer perjuicio nadie, ni á mí tampoco, ¿lo entiende usté? ¡Porque don Gabriel y yo debíamos hablarnos de tú, porque hay liga, vamos, porque á mí me da hasta no sé qué de hablarle de usté.. porque es un hermano!

RAM. (¡Sígale usted el aire, don Gabriel!)

GAB. Bueno, Peláez, bueno, nos tutearemos si quieres, pero deja á don Federico en paz.

PEL. Ahí lo tiene usted. Un pedazo de pan .. ¡Y no merece que lo engañemos, ni usted ni yo!

TOR. ¿Pero qué dice este, hombre?

PEL. Porque usté se figura que me va á dominar á mí.

TOR. ¡Yo!

PEL. Y no ha hecho usté en toda la cena más que darme vino y más vino, y allá va vino...

RAM. (¡Y es verdad!)

PEL. Como creyendo que yo soy hombre que pierdo la cabeza... y á mí no me enseña usted á beber... ni á nada, porque mi cabeza está muy segura, ¿lo entiende usté, don Luis? (Tocándole en el hombro.)

GAB. ¡Y dale con don Luis!

TOR. Pues vamos á verlo, hombre, vamos á verlo.

GAB. No le dé usted más, por favor

PEL. Déjame á mí y fíate en Martín Peláez.

TOR. ¡A la de usted!

GAB. Bueno, pero no me abandones el servicio.

RAM. (¡San Juan de mi corazón, qué va á pasar aquí!)

PEL. ¡El servicio, el servicio! Déjate de servicio, que yo no te he faltado nunca al servicio... dormido le doy yo vuelta á la rueda del *Morse* (1). Otro servicio te voy á hacer yo á tí, y á mí también, ¡porque estos que vienen de Madrid se figuran que lo saben todo, y no saben nada! Y yo también soy de Madrid, ¿lo entiende usted? ¡Y el día que vaya yo á Madrid y le pegue fuego al Congreso, y al Senado, y al Ayuntamiento, y al mercado de los Mostenses... ya verá usted quién soy yo... y ya verá usted mi retrato en todos los periódicos!

RAM. (¡Don Gabriel, que se dispara!)

GAB. Son las nueve, y el mil cuarenta va á llegar.

PEL. (Levantándose tambaleando.) Pues ya lo ves que me levanto y que voy á mi obligación; y que

(1) Pronúnciese «Mors».

estoy muy firme, porque á mí no me tumban los señoritos del *Sleeping-car*. Ya me voy al telégrafo. (Aparte á Torrente.) Y échese usted fuera, que le tengo que dar un recado. (Torrente se levanta con un vaso de vino en la mano.)

RAM. (¿Pero por qué le da más vino aún? ¿Qué es esto?)

GAB. Le suplico á usted...

TOR. ¡No, si no está más que alegre! ¡No importa!

RAM. ¿Cómo que no? ¿Qué quiere decir este empeño...?

PEL. (Aparte á Torrente.) ¡Tú has venido aquí á cosa mala... pero yo te voy á echar al río!

TOR. ¡Vaya, don Martín, el último trago!

PEL. Pues sí, señor; todos los que sean menester.

TOR. A la rusa. Se brinda, bebiendo todo lo que hay en el vaso.

PEL. ¡Qué rusa, ni qué alemana, ni qué salamanquina! ¡Como beben los hombres! (Bebiendo.)

TOR. Así.

PEL. Ya está.

TOR. (Este ya tiene bastante.)

GAB. ¡El servicio, Martín!

PEL. Allá voy. Adiós, Gabriel, como decía don Quijote de la Mancha... yo velo mientras tú duermes; échate á dormir, que yo velaré por los dos.

TOR. Está muy gracioso.

PEL. Adiós, don Ramón... que no haya novedad, que diga usted muchas misas de á duro, y el que sea pobre que reviente. Adiós, don Gabriel... digo, adiós, Gabriel... ¡y tú, el de Madrid, adiós, méndigo!

ESCENA II

DON RAMON, TORRENTE, GABRIEL

RAM. Este pobre chico no tiene costumbre...

GAB. Nunca le he visto así, y á fe que siento que se lleve usted mala impresión de nosotros.

TOR. No hay motivo para ello.

GAB. Al fin y al cabo mi estación es un hogar

tranquilo, y este estúpido viene á desacreditarlo precisamente esta noche. (Tomás entra con un cofre y unas alforjas.)

RAM. El señor le ha hecho beber demasiado.

TOR. Se quejaba tanto de sus penas, de la sociedad, de la vida, que quise alegrarle.

RAM. Sí, pero á la manera de los que no saben consolarse sino abusando del vino, perdiendo la salud y cayendo en el alcoholismo, en el crimen. ¡Otros consuelos hay mejores! En fin, señores, yo voy á ver á mi enferma, y quiera Dios que no tenga que ir al pueblo por su Divina Majestad. La noche está muy mala.

GAB. (A Tomás.) Coja usted un paraguas y acompañe á don Ramón.

TOMÁS ¡Con este tiempo!

GAB. ¡Haga usted lo que yo le mando!

RAM. ¡De ninguna manera! ¡Eso sí que no!

GAB. La noche está oscura y nieva mucho.

RAM. Hay una luna hermosa, y á mí no me ha de atacar nadie. Además, está ahí cerca, enfrente, en el monte.

GAB. No importa; vaya usted, Tomás.

TOMÁS (¡Si no hubiera presidio! y así y todo...)

RAM. ¡Feliz viaje, caballero! Adiós, don Gabriel. (Doña María me espera, y aunque no me esperase volvería, porque este hombre... este hombre no me gusta nada. ¡Dios tenga compasión de nosotros!)

ESCENA III

GABRIEL, TORRENTE

GAB. ¡Cosa singular! He querido obsequiarle á usté á mi modo, y el obsequio ha resultado fúnebre.

TOR. ¿Por qué?

GAB. Mi mujer, que generalmente es afable, apenas ha dicho esta boca es mía.

TOR. Ya dijo que se sentía mal.

GAB. Sí; de vez en cuando sufre de jaquecas te-

rribles que ha adquirido aquí; pero la fatalidad ha querido que le vuelvan hoy. Pelaez, que jamás se ha excedido en nada, empezó llevándole á usted la contraría, impidiendo que la niña le hablase, y acabó por emborracharse ó poco menos. Yo, no cené á gusto viéndole á usted contrariado también. A no ser por el Padre cura, que con su buen carácter navarro lo anima todo...

TOR. Exagera usted, y además, cuando las cosas vienen así... En fin, ya los dos solos, bebamos esa famosa cerveza y pasemos la noche, porque lo que es nosotros no perderemos la cabeza.

GAB. Por mí no hay cuidado. (Yendo á buscar la botella.) Verá usted qué buena es. Pruébela mientras voy á ver si María va un poco mejor.

TOR. ¡Oh, déjela usted, y perdone que le enseñe sus deberes de marido cariñoso! Las jaquecas se curan durmiendo. Si ha cogido el sueño y la despierta usted puede tener una crisis nerviosa.

GAB. Tiene usted razón; no vaya yo con la mejor intención á fastidiar á mi pobrecita mujer.

TOR. ¿La quiere usted mucho?

GAB. Con toda mi alma. ¡Me mira usted de un modo que parece que lo duda!

TOR. No, no lo dudo.

GAB. Y la quiero tanto, porque puedo decir que esta mujer me la he formado yo, la he hecho á mi gusto, he hecho de ella una mujer nueva... en fin, es un caso raro.

TOR. Me interesa mucho, pero mucho, lo que usted dice; yo soy un poco escritor y me gusta recoger impresiones.

GAB. Pues, hombre, ya que parece que hemos simpatizado...

TOR. ¡Mucho!

GAB. Y ya que le hemos dado á usted una cena tan triste, estoy por contarle á usted el caso, que es muy curioso. En algo hemos de pasar la noche.

TOR. Iba á suplicárselo á usted.

GAB. ¡A la salud de usted!

TOR. ¡A la salud de la señora!

GAB. ¡Eso, á María y á mi Paulina! (Beben.)

TOR. (Necesito oirle contar su felicidad para odiarle aún más.)

GAB. Pues, verá usted. Cuando yo me enamoré de mi mujer no me quería nada.

TOR. ¿De veras?

GAB. ¡Nada!

TOR. ¡Oiga!

GAB. Estaba enamorada de un pillastre...

TOR. ¿De un pillastre?

GAB. Veo que le disuena á usted el calificativo. Sí, señor, de un pillastre, porque yo llamo así al hombre de veintidós años que no tiene oficio ni beneficio, que mata á sus honrados padres á disgustos, que es jugador, borracho, pendenciero, perseguidor de casadas y solteras, y no repara en medios para tener dinero conque jugar y beber y escandalizar; y todo esto era el tal Torrente. Un juelguista, como dicen ahora; uno de esos señoritos que se hacen célebres por lo perdidos y caen en una familia como pudiera caer un rayo.

TOR. ¿Usted le conoció...?

GAB. No, señor, no quise. Dió la casualidad de que al decidirme yo á casarme con María, aun antes de que ella lo supiera, el tal tipo había hecho no sé que.. *diablura*, así la llamaban, pero en realidad era una estafa y se fué de Madrid.

TOR. ¿Y usted aprovechó la ausencia para robarle la novia?

GAB. Poco á poco. Para robársela, no; para distraerla de amor tan indigno, Sin tener gran experiencia, ya sabia yo que las mujeres aman lo extraordinario, los tipos excepcionales... si no temiera ofender á todo el bello sexo, diría que las mujeres van siempre á lo peor.

TOR. ¿Cree usted?

GAB. ¡Siempre! El hombre honradamente vulgar, el hombre como los demás, no suele llamar-

les la atención. Todos los grandes calaveras tienen gran partido. No hay criminal que no tenga querida. Aquí ahorcaron á un bandido que mató á puñaladas á un vecino del pueblo por sorprender á su novia con otro y la novia se enamoró del reo. ¡Ya ve usted, decía, va al palo por mí!

TOR. Siga usted, siga usted.

GAB. Pues el famoso Torrente tuvo un desafío por María, hirió á su contrario, ó rival, ó lo que fuese; le llenó la cabeza de proyectos de viajes y de grandezas—mi mujer es un poco vanidosa, no tiene otro defecto—le hizo muchos versos... también esto de los versos da sus resultados, quiso robársela á sus padres, insultó al hermano de María... ¡qué sé yo! todo lo que puede hacer un bandido moral, porque hay bandidos morales, para secuestrar un corazón de veinte años. La familia estaba desconsolada, la casa trastornada, María loca, ciega de pasión, los amigos envenenándolo todo con sus chismes y cuentos... y en este momento llegué yo.

TOR. ¿Y qué hizo usted?

GAB. Otro bock.

TOR. Venga. (Beben.)

GAB. En primer lugar, me declaré á los padres, que son personas honradísimas, modestas y dignas de todo respecto. Me aceptaron con los brazos abiertos porque sabían que yo era un hombre de bien. En seguida me declaré á María que me envió á paseo. Le dije que su pretendiente era un... vaya, lo diré, un sinvergüenza, y que iba á probárselo en seguida.

TOR. ¿Y cómo?

GAB. Supe que estaba en Hendaya y le escribí cuatro palabras: «Muy señor mío, con esta fecha he resuelto casarme con su novia de usted, y como dicen que es usted muy valiente, tengo el honor de decirle que me tiene á su disposición en cualquier país, sitio y día. De usted ni afectísimo ni servidor.—

Gabriel Ponce.» Todavía estoy esperando la respuesta.

TOR. (Muy nervioso.) ¿Está usted seguro de que recibió la carta?

GAB. Esas cartas se reciben siempre. Las que traen buenas noticias son las que suelen perderse. Sucede como con los periódicos; el que hable bien de usted acaso se extravíe, pero el que le ponga como un trapo lo recibirá antes de la hora, y se lo enviará todo el mundo.

TOR. Mucho sabe usted para jefe de estación.

GAB. No debí serlo, pero mi pobre padre se arruinó y gracias á un amigo influyente hallé esta modesta posición.

TOR. ¿Y después de la carta?

GAB. Ya con ella y con ver María que me atrevía con aquel terror de Madrid, comenzó á fijarse en mí y á tener triste idea de su Fierabrás. Después, el asunto que motivó la calaverada, como la llamaban, lo hice publicar en la prensa.

TOR. ¡Pero eso... no era leal!

GAB. ¿Por qué no? Serví á la sociedad sirviéndome á mí. Conque se publican con mil detalles los robos en despoblado y los asesinatos célebres y hay que ocultar que una persona conocida, como suele decirse, le ha dado una letra falsa á un comerciante y se ha jugado el dinero? Publiqué el hecho y el mundo conmigo le dijo á María:—Ese, con quien quieres, casarte es un hombre indigno de tí.

TOR. No le querría mucho, ó acaso obedeció á su padre.

GAB. En seguida comenzamos unas relaciones tranquilas, honradas, un año de amores íntimos, respetuosos, á la vista de los padres, sin novelas ni romanticismos, ni violencias, porque la vida no debe ser novela ni drama, y el matrimonio, menos.

TOR. Usted lo creerá así, pero nada hay más dramático que la realidad, un gran poeta lo ha dicho.

GAB. Los poetas dicen muchas tonterías, pero yo

le digo á usted que las pasiones violentas son enfermedades, ataques morales. Todo matrimonio producto de una pasión de esas que dan que hablar., acaba mal. Sucede como con los trenes. No habrá usted visto que ningún tren salga de la estación á toda máquina, rompiendo agujas, atropellando al personal, disparado. Sale poco á poco, al paso, va tomando vapor, pasa las agujas, aumenta en rapidez, y ya fuera del disco, se lanza á la carrera, que es su vida normal, y aunque lo parece no es carrera vertiginosa, sino impulsión creciente, rozamiento, calor, costumbre y fuerza adquirida, la marcha regular, reglamentaria, al minuto, para llegar exactamente á la hora fija, al punto de destino. ¡Y todo lo que no es eso, es como en la vida, choques, descarrilamientos, catástrofes, desolación y muerte y ruina.

TOR. (Levantándose. Paseando agitado.) ¡No! usted habla como hombre feliz y satisfecho, como el que no ha tenido nunca penas. La vida no es eso, la vida es toda sorpresas, nadie puede decir que no será un día desgraciado; las pasiones no se evitan, caen como el rayo en el fondo de los corazones... en plena dicha, sépalo usted, surge una catástrofe, eso que se llaman cosas de la vida... Porque hay algo que no se puede combatir, que ninguna energía puede detener, y ese algo es... otro tren, que viene enfrente del que va haciendo su marcha regular, y choca con él... una venganza conque no se contaba, un enemigo que estaba oculto, un amor que dormía y despierta, sorpresas, sucesos de repente... cosas... Lo inesperado... Una reprensión que ofende produce un enemigo, una palabra ofensiva un duelo á muerte, una mirada de fuego, un adulterio. El más joven y más feliz muere de repente de un aneurisma, de una congestión, de una mala noticia; pues también hay muertes repentinas para la felicidad, porque las grandes desdichas vienen de pronto como las tormentas en el

mar, en este mar revuelto de la vida, no, no no basta querer ser dichoso!

GAB. ¿Pero qué diablos le ha dado á usted? (Este señor parece loco!

TOR. Viene á que yo conozco á Torrente.

GAB. ¡Ah! (Se levanta.)

TOR. Sí, señor; y soy amigo suyo.

GAB. Perdone usted. (Entra Tomás.) Tomás, apartemos la mesa. Siento muy de veras haber hablado con mi franqueza habitual; podía usted haberme prevenido.

TOR. ¡Torrente es un desgraciado!

PEL. (Asomando.) Sale el mil cuarenta de Villalarga.

GAB. Dé usted el aviso.

TOR. Muy desgraciado.

PEL. ¡Yo no puedo perder la cabeza... me hace falta velar.. el aire puede que me serene... me ahogo! (Se va puerta foro.)

TOR. Educado á lo rico por padres modestos, huérfano á los dieciséis años, acostumbrado á derrochar, apasionado y sin dirección y sin freno, no es un perdido, es un infeliz... una víctima de sus pasiones...

GAB. ¡Bah! ¡bah! ¡bah! ¡bah! Todo eso es muy poético; pero la moral no es más que una.

TOR. Si hizo una calaverada...

GAB. Mire usted, señor mío; ya que el mundo es tan chico que en una estación aislada venimos á encontrarnos dos personas que conocemos á ese señor, dejémosle estar donde esté; ya todo aquello pasó; tal vez se haya corregido, ó casado, ó muerto .. Mi mujer, mi hija y yo vivimos aquí en paz... por consiguiente, perdone usted que haya hablado así de su amigo, y acabemos con la cerveza y con historia tan enojosa.

TOR. Tiene usted razón. (El ha de salir para el tren...) (Saca un frasquito y echa unas gotas en el vaso.)

GAB. ¿Se va usted á envenenar?

TOR. Pongo clorhidrato de morfina en mi vaso, porque como soy tan nervioso no dormiría, y con esto no habrá nada que me despierte en dos ó tres horas.

GAB. Yo, con lo que he bebido, tengo bastante. ¡Este Peláez no da el aviso! (Va á la puerta, y de espalda al público, hace el ademán de tirar de la cuerda de la campana que hace sonar con el toque reglamentario, y en este momento Torrente cambia los vasos poniendo á Gabriel el suyo y tomando él el otro.)

TOR. (¡Dormirás tú mientras yo te devuelvo todo el mal que me has hecho!) ¿No recibe usted este tren?

GAB. Es un mercancías que pasa de largo. Tomás se cuidará de eso. Y ahora, con el permiso de usted, nos recogeremos; yo he de hacer hasta las cuatro mi primer sueño.

TOR. El último bock.

GAB. Con mucho gusto. ¡Bebamos á la paz de la conciencia y déjese usted de ideas trágicas!

TOR. ¡Beberemos á que volvamos á encontrarnos y siga usted tan dichoso! (Beben.)

GAB. Así lo espero. Si tarda usted en dormirse, lo único que le suplico es que baje la luz. Si no está usted listo para el sud-exprés, yo le despertaré. Si el cloral no hace efecto y ve usted que duermo cuando suene la campana, el mozo recibirá el tren. Ya sabe usted. Un repique y dos campanadas tren para Madrid. Tres campanadas el que usted ha de tomar. Tomás, reciba usted el sud-expreso si no me despierto. Y á ver si tiene usted cuidado.

TOM. Me va usted á quitar el pan...

GAB. Ahora no son horas de hablar de eso. A la obligación. Conque mi querido é ilustre viajero, con el permiso de usted. (Acostándose en los colchones y tapándose con la manta.) Ya ve usted qué vida tan poco dramática hacemos aquí. Cada tren á su hora... y cada corazón en su puesto. Mis tragedias son... (Bostezando.) mi Maruja, mi Paulinita y mis gallinitas... Muy buenas noches.

TOM. Muy buenas noches. (Tomás va á atizar la estufa.)

ESCENA IV

TORRENTE, TOMÁS; GABRIEL, dormido

TOR. Aquél... (Señalando al telégrafo.) no está en su razón; éste, cuando despierte, será ya tarde; son tres, me falta el tercero... aquí está. (Por Tomás.) Todavía, durante diez minutos, hay que ver si queda bien dormido.

TOM. ¿Duerme ya?... Don Gabriel... Duerme. (Va á animar la estufa.)

TOR. Pero si el señor cura viene... esta sería una dificultad terrible... (Va á mirar por la puerta del foro.) Hace una noche espantosa de viento y nieve...

TOM. (En voz baja.) ¿El señorito va á dormir allí? (Por el sofá.)

TOR. Todavía no. Baje usted la luz si quiere. (Tomás baja la luz; queda la escena casi á obscuras.)

TOM. Entonses me voy si no hase falta nada. (Torrente le deja llegar á la puerta del foro, y luego dice:)

TOR. ¡Chist! (Tomás se vuelve. Le hace seña que baje al proscenio. Hablan en voz baja.) Como usted es quien me ha de despertar, tome usted. (Le da dinero. Tomás le mira con curiosidad y extrañeza.)

TOM. Grasias.

TOR. Usted no duerme nunca?

TOM. Ahora, hasta las cuatro.

TOR. ¿Dónde?

TOM. Allí, en la cosina. (Con recelo.)

TOR. ¿Y la criada?

TOM. Ya se ha ido al pueblo. No duerme aquí.

TOR. ¿Por allí hay salida en la huerta?

TOM. Sí, señor.

TOR. ¿Y por la huerta?

TOM. A la vía.

TOR. ¿La puerta de allá queda cerrada?

TOM. No es puerta, es una empalisada sin sierre.

TOR. ¿Y si alguien entrara ó saliera y le sorprendiese?...

TOM. (Sacando una gran navaja.) ¿Y esta?

TOR. (Dando un paso atrás y enseñándole un revólver.) ¿Y éste?

TOM. (Corriendo á la cama del jefe y en alta voz.) ¡Don Gabriel!

TOR. (Corriendo hacia él, poniéndose el dedo de la mano izquierda en los labios y apuntándole.) ¡Chist! No te molestes, no despertará.

TOM. ¡Qué hombre es éste!

TOR. ¿Tengo yo cara de ladrón?

TOM. Es que...

TOR. ¿O de asesino? Acércate sin miedo.

TOM. Guarde usted eso. (Por el revólver.)

TOR. Guarda tú la otra. (Por la navaja.)

TOM. A un tiempo.

TOR. A un tiempo.

TOM. ¿Qué es lo que usted quiere?

TOR. Hacerte rico.

TOM. Falta me hase.

TOR. ¿Cuánto ganas aquí?

TOM. ¡Ya, nada! (Con desesperación,)

TOR. ¿Y si yo te diera el sueldo de un año?

TOM. ¿Eh?

TOR. ¡El de dos, el de tres!

TOM. ¿Ahora mismo?

TOR. Ahora mismo. (Tomás va á ver si Gabriel duerme.) Déjale dormir.

TOM. ¿Qué es lo que hay que haser?

TOR. Dejarme salir cuando el tren llegue.

TOM. Pues qué, ¿está usted aquí preso?

TOR. Es que no saldré solo.

TOM. ¡Ah!... (Torrente le señala la habitación de María.) ¡Ya!

TOR. Toma. Estamos de acuerdo.

TOM. No me atrevo.

TOR. ¿Por qué?

TOM. Porque... aquel, que es muy malo, al despertar me mata.

TOR. ¡Tienes miedo!

TOM. Y si escapo de sus manos, me envía á presidio... á presidio...

TOR. Déjate atar por mí.

TOM. Los atados gritan.

TOR. Te vendrás con nosotros.

TOM. Venga el dinero.

TOR. Toma, y sé leal. (Le da el billete.)

TOM. Lo seré. ¡Ya estoy cogido!

TOR. A la llegada del exprés saldremos.

TOM. ¿Y el jefe?

TOR. No se habrá despertado. Tú te encargas del otro.

TOM. ¡Ah! Allí hay cuerdas... Aquí un pañuelo grande... Cada uno á lo suyo.

TOR. Vete, que cierre.

TOM. ¡Ya llegó la mía! (Así que se va, Torrente cierra la puerta de la cocina. En seguida va á cerrar la del telégrafo. Por la de fuera mira, y dice:)

TOR. Nadie aquí... ¡Ah! ¡El campo es mío! ¡María!

ESCENA V

MARÍA. TORRENTE

MARÍA ¡Oh, Señor, Señor, qué inesperados son tus castigos!

TOR. Está ya bajo la influencia del medicamento. ¡Ven! (María vacilante, apenas puede tenerse. Torrente vuelve á levantar la luz de la lámpara. Así que María llega á la escena, dice:) ¡Al fin!

MARÍA Aquí estoy.

TOR. ¡Al fin, amor de mi alma!

MARÍA (En voz muy baja.) ¡Calla! (Señalando á Gabriel.)

TOR. (En voz alta.) No, no despertará; puedes hablar alto.

MARÍA ¡Qué has hecho! (Aterrada ante la idea de lo que ha podido hacer.)

TOR. Dormirle hasta el alba. No temas nada. Todo está premeditado y hecho.

MARÍA Allí... (Señalando a la puerta del telégrafo.)

TOR. Duerme también su borrachera, y está encerrado. Estamos solos, completamente solos. Dueños del campo...

MARÍA No... el factor ..

TOR. ¡Pero no te digo que fíes en mí! ¡No ves que yo hablo alto, que me río de todos ellos! Depón ya todo temor; ven y que te estreche contra mi corazón después de tantos años de penas y de impaciencias, ven ..

MARÍA ¿Pero qué te ha hecho esta infeliz mujer

para que así te complazcas en jugar con su corazón?... ¿Por qué vienes aquí á este ignorado asilo, que yo había encontrado por fin, buscando en él tu olvido y el mío?...

TOR. Si yo vengo aquí, es porque he creído hasta hoy que tu matrimonio fué una imposición monstruosa, tal vez una falsa idea de mi conducta, todo menos un acto voluntario. Si me engañé, dímelo de una vez antes de que hablemos hoy por la primera vez... Habla, vale más decirme toda la verdad... ¿Me amas aún?

MARÍA ¡Oh! ¡Sí!

TOR. ¡Bendita seas!

MARÍA No, no te acerques... El hombre á quien estoy ligada ante Dios duerme ahí; el padre de mi hija es aquel.

TOR. ¡Qué me importa!

MARÍA Te juro por esa hija mía, cuyo sueño inocente sólo puede compararse al de su padre, que he hecho todo lo posible por olvidarte... ¿Para qué te voy á engañar? Llegué á creer que habías muerto... y mira lo que es un amor arraigado en el alma, aun muerto te quería.

TOR. ¡Oh, amor mío de mi alma!

MARÍA Pero ya encerrada en mi deber, me decía á mis solas: Señor, dadme la paz, la calma, la distancia, la eterna separación... Que no le vea nunca, que su voz no vuelva á sonar en mis oídos... Levanté una barrera entre el mundo y yo... Tú no has hecho lo mismo, has querido á todo trance llegar á mi lado. Ya estás aquí, ya no hay remedio.

TOR. ¡No! Ya una vez me engañaste y te lo he perdonado, porque todo se le perdona á quien se ama.

MARÍA ¿Qué intentas recordar? Te esperé hasta el último instante. ¿Por qué no respondiste al reto del que hoy es mi marido?

TOR. ¿Por qué? Porque los presos no se baten.

MARÍA ¡Preso!

TOR. ¡Sí! Todo lo que un hombre puede sufrir en su honra, todo lo he pasado yo por ti.

MARÍA ¿Preso... pero no por mi causa?

TOR. Recuérdalo. Todo estaba dispuesto. Ya no era posible vivir en aquella guerra continua de tus padres contigo y conmigo. Moríamos de amor y de odios, nuestra pasión era ya un escándalo; me había batido por ti. Querían sacarte de Madrid, se me acosaba como á un perro. Te propuse el rapto que permite la ley. Mañana soy mayor de edad, me dijiste; dispónlo todo y huyamos... Y yo había agotado todos mis recursos: había pedido á todo el mundo, había jugado y había perdido; estaba en ese disparadero del que necesita oro, mucho oro, inevitablemente para el día siguiente; y en esos casos tremendos, unos se matan, otros roban. ¡Sí, los ladrones vulgares, la gente de abajo, roba; nosotros, los de arriba, inventamos cosas que parecen legales; pero como decía ese que duerme, ese ladrón de mi felicidad, somos lo mismo, ni más ni menos, que los que salen al camino!

MARÍA ¡Oh, qué horror!

TOR. Y yo salí al camino de la vida corriente. Mañana huiré con ella, me dije; dentro de tres días habremos cruzado el mar, habré llegado hasta el delito, pero la mujer adorada será mía.

MARÍA ¡Infeliz! (Con acento de gran piedad.)

TOR. Y ella cedió á la presión de sus padres, sin duda...

MARÍA ¡Oh, sí!

TOR. Porque al día siguiente, á la hora concertada, ya no estaba en Madrid.

MARÍA ¡Sí!

TOR. Y el comercio no espera. Y la ley no espera. Y á los cuatro días la falsedad tenía que producir la prisión, y la prisión la causa y la causa la pena, y mientras el preso esperaba seis meses de sentencia, María le olvidaba, Gabriel le denunciaba al mundo; la pasión, que parecía tan honda, iba cediendo á un amor nuevo. María se casaba con Gabriel... No, si no te acuso, si no te hago

cargos, si te quiero tanto que aún espero en tí; si me basta haberte oído que me amas aún para estar seguro de que esta vez no me abandonarás... ¿verdad que no? ¿Verdad que estos cinco años han sido para tí un martirio continuo? Dímelo, responde, porque si no te basta que haya sido estafador y ladrón, aquí mismo vas á verme asesino. (Yendo hacia Gabriel.)

MARÍA ¡Oh, no, por compasión! Respétale; no hay aquí más que una culpable, y soy yo.

TOR. ¡Ah! ¿Quieres tanto su vida? Pues sírvate de prenda la mía.

MARÍA ¡Luis! ¡Luis mío! ¡Luis mío! (De rodillas.) ¡Por nuestro amor, por mí!... ¿Qué quieres? ¡Dilo aquí, en la soledad del campo y en el silencio de la noche, óyelo, perdónamelo todo; yo te amo con toda mi alma!

TOR. ¡Ah, gracias, Dios mío!

GAB. ¡Ejem, ejem! (Gabriel tose y se vuelve del otro lado.)

MARÍA ¡Calla! (Torrente se acerca rápidamente á la cama de Gabriel. En seguida dice:)

TOR. No hay cuidado, está en mi poder... Escucha, amor mío. El tren pasa á las cuatro. A las ocho de la mañana estaremos ya en Francia. A las dos en Burdeos. De allí sale mañana el trasatlántico para Buenos-Aires. A América iremos; tenemos dinero, mucho dinero... diez días hace que gano constantemente. En Francia he puesto miles de duros; el dinero abre todas las puertas... una vez lejos, á gastar, á triunfar, á figurar, á imponernos al mundo, que no se inclina más que ante la riqueza. Quedarás recompensada, como yo, de estos años de vida oscura, de unión sin amor, de penas sordas, de esclavitud resignada. Todo lo que hemos sufrido desde que no nos vemos tendrá al fin su premio... ¡Oh, amor mío, amor de mi alma... qué lento va el tiempo!

MARÍA ¡Sea! Pero déjame que dé mi último adiós al hombre que mis padres me impusieron; al honrado marido, víctima de la fatalidad y de mi desdichado sino.

TOR. Bien, basta... la hora se acerca.
MARÍA ¡Gabriel, perdóname, la culpa no es mía!
TOR. No hay tiempo que perder.
MARÍA ¡Oh, Dios mío, Dios mío!
TOR. Pelaez queda encerrado. El factor está allí, voy á llamarle... y vengo en seguida... silencio, y huyamos. (Entra por la puerta de la cocina.)
MARÍA ¡Señor, tu perdón para esta desgraciada! (Acercándose á la puerta foro. En este momento entra Pelaez.)

ESCENA VIII

MARIA, PELAEZ; después TORRENTE y TOMAS

PEL. ¡Alto! He oído bien y estoy despejado.
MARIA ¡Peláez!
PEL. Ni del uno ni del otro; á don Gabriel pude respetarle, á este no!
MARIA ¡Luis! (Yendo á la puerta de la cocina.)
PEL. (Cerrando la puerta.) ¡No vendrá! ¡Arriba! (A Gabriel.)
MARIA ¡Ah, desdichado! ¡Desdichados todos!
PEL. ¡Levanta! ¡Despierta! (A Gabriel.)
MARIA ¡Es inútil... inútil!...
TOR. ¡María! (Llamando á la puerta.)
MARIA ¡Da la vuelta por la huerta! ¡Corre!
PEL. ¡Ah! ¿Quiere usted el escándalo en grande?
MARIA ¡Qué me importa!
PEL. ¡Quería usté huir! ¿Querías matar dos corazones? ¡Te engañas! (Entran por la puerta foro Torrente y Tomás. Peláez no ve más que á Torrente, porque Tomás se va por detrás de él de puntillas y amenazador, con un manojo de cuerdas en la mano.)
TOR. ¡Ah! ¡El otro!
PEL. Don Luis, acá estamos todos, y yo para matarle á usté.
TOR. ¡Sujétalo! (A Tomás. Este le echa la cuerda por detrás y queda sujeto.)
PEL. ¡Traición!
TOM. ¡Calla!
PEL. ¡Gabriel... despierta, por todos los diablos del infierno!

TOM. ¡Callarás!

TOR. ¡Adentro!

MARIA ¡El tren! (Oyese á lo lejos el cuerno del guarda agujas.)

PEL. ¡A mí! ¡Socorro! (Tomás lo empuja á su oficina y entra con él.)

TOR. ¡Vámonos! (Arrastrando tras de sí á María.)

MARIA ¡Oh, Dios mío, tened piedad de mí!

TOR. ¡Vamos .. el tren llega!... ¡Por aquí!

MARIA ¡Adiós! (A Gabriel.) ¡Adiós paz, retiro soñado, esperanzas de resignación, la fatalidad lo quiere así; adiós para siempre!

TOR. ¡Pronto! (Se van. Sale Tomás y busca algo por todas partes.)

TOM. ¿Dónde lo tiene? (Busca en los bolsillos de Gabriel el silbato.) Aquí está. (Tira la gorra y coge de la percha el sombrero de Gabriel, y se pone el capotón, todo ello muy de prisa. Antes de salir dice, mostrando el puño al jefe.) ¡Pagados! (Se le ve que al salir toca la campana y en seguida se oye el pito y el ruído del tren que se va. Antes de irse habra bajado la luz de la lámpara. Gabriel se vuelve de lado en su cama y dice las palabras que siguen lentamente, con el mismo acento cariñoso y cristiano del primer acto.)

PEL. (Dentro) ¡Gabriel.. Gabriel! ¡Se la llevan! ¡Socorro!

GAB. (Soñando.) Vamos, Paulinita, otra vez, anda, hija mía...

Con Dios me acuesto...
con Dios me levanto...
con la Virgen Santísima...
y el Espíritu Santo...

PEL. (Dentro.) ¡Socorro! ¡Socorro! (Desesperadamente. Oyese a lo lejos el silbido contínuo de la locomotora.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración. Está amaneciendo

ESCENA PRIMERA

El GUARDA AGUJA, el CONDUCTOR, un FOGONERO, el INTERVENTOR. Todos agrupados junto á los colchones donde duerme GABRIEL. Revélase en todos gran ansiedad; hablan todos casi á un tiempo. Afuera suena repetidas veces el pito de la máquina y voces

GUAR. ¡Don Gabriel!

INT. ¡Don Gabriel!

UNO ¡Parece que está muerto!

COND. ¿Pero no hay nadie en esta estación? ¿Qué servicio es este? ¿Dónde está el jefe?

GUAR. ¡Yo estaba en mi aguja, yo no soy responsable de nada!

FOG. El maquinista pide la salida. ¡Qué sucede!

GUAR. Ni el factor, ni el telegrafista... pregunte usted á doña María... (Yendo á la puerta derecha.) ¡No, aquí no hay nadie!

PEL. ¡Aquí! ¡A mí! ¡Socorro!

COND. ¡Ah! ¡Allí! (Le traen, y mientras le desatan las cuerdas hablan todos con la precipitación que pide el caso.)

INT. ¡Qué ha sucedido!

PEL. ¡Dónde está don Gabriel!

COND. ¡Allí! ¡No despierta!

PEL. ¡Dormido! Al paso del tren de la mañana... no, no puede ser, le habrán dado algo...

¡Gabriel! Arriba! ¡Es claro! ¡A él le han dormido, á mí me han atado!...

INT. ¡Ah, ya! Han entrado ladrones...

PEL. Ladrones de honras, ladrones de mujeres... ¡Arriba! Vive Dios que ha de despertar...

GAB. ¡Qué! ¡Quién va! (Se incorpora y mira con ojos espantados á todos.) ¡Qué sucede! ¡Qué es esto!

PEL. Esto es sin duda que le han narcotizado á usted, que á mí me han maniatado y aquí ha ocurrido una catástrofe...

GAB. ¡Y el tren! ¡Y el servicio! (Levantándose de un salto.) ¿He faltado á mi deber?

COND. El tren correo que va á Madrid esta ahí detenido, sin personal en esta estación...

GAB. ¡Jesús!

PEL. ¿No sabe usted... no recuerda nada?

GAB. No quiero saber nada mientras mi tren esté ahí... ¡Tomás!

PEL. ¡Tomás no está!

GAB. (Buscando en el bolsillo el silbato.) Mi silbato... no le tengo... le he perdido... las seis... ¡Fuera! ¡Cada uno á su puesto!... ¿Tiene usted uno? (El conductor le presta el suyo.) Dios mío, dadme fuerzas un instante... (Silbidos repetidos de la locomotora. Gabriel atontado, en el mayor espanto, coge su gorra de uniforme y sale afuera corriendo y diciendo:) ¡¡Allá voy!! (Así que sale se oyen las tres campanadas, en seguida el silbato y luego el silbido y ruido del tren que se va. Entre tanto Pelaez recorre la escena reconociéndolo todo y diciendo:)

PEL. ¡Miserables! ¡Infames! Se la lleva aquél. ¡Aquél! ¡El de la carta! Y este pobre hombre que no supo ver ni sospechar... ¡Qué hacer! ¡Oh! ¡Diablo! ¡Si existes, inspíraime, dame una idea como tuya!... (Vuelve Gabriel.)

ESCENA II

GABRIEL y PELAEZ

GAB. ¿Ha faltado usted á la salida? ¿No ha dado usted la sálida? ¡Por Dios, Peláez, nuestro deber antes que nada! ¡Qué sucede aquí!

PEL. Todo marchará.

GAB. Y, ahora, explíqueme cómo ha sido el robo. ¿Cuántos eran? ¿Qué se han llevado? ¿Han hecho daño a mi María, á mi Paulina? ¡María! ¡María!... (Va á entrar á su cuarto.)

PEL. (Exclama.) ¡No, no la busque usted, no la llame!

GAB. ¿Qué dices?

PEL. Digo... que ha llegado el momento de que sepa usted la verdad... que vive usted engañado desde que se casó; que su mujer de usted no lo es más que en el nombre... que ya no está aquí... que se ha marchado huyendo de usted para siempre.

GAB. (Cogiéndole por la solapa.) Si no me pides perdón de haber faltado á mi mujer, vas á morir á mis manos ahora mismo.

PEL. Bueno, máteme usted; pero después busque usted á María, y verá usted cómo no la encuentra. (Gabriel sube á toda prisa á su casa.)

GAB. ¡María, María! (Entrando en el cuarto.)

PEL. ¡Ah! Ahora veremos.

GAB. ¡María!

PEL. Se ha ido.

GAB. ¿Pero, qué dices? ¿Qué te he hecho yo para que me tientes la paciencia? ¡Habla! ¿Qué es esto, Dios mío?

PEL. Digo que el viajero de anoche vino á llevársela, y que van camino de Francia.

GAB. ¿El capitán?

PEL. ¡Qué capitán! Ha venido con un nombre falso; ese hombre se llama don Luis Torrente.

GAB. ¡Torrente!

PEL. Sí, ese.

GAB. ¡Torrente! ¡Era él... él! Es decir, que tenían preparada mi ruina; que vino exprofeso á engañarme, á robarme mi mujer... no, á robármela, no; porque si ella hubiera resistido... tal vez ha resistido...; sí, sin duda que se la llevó por la fuerza...

PEL. No, yo les he visto aquí de acuerdo para maniatarme.

GAB. ¿Y tú no sabes defenderte?

PEL. Eran dos; el factor me echó un lazo á traición.

GAB. ¿Tomás?

PEL. El mismo.

GAB. ¡Luego estaba en la trama! ¡Ah, sí; ya lo entiendo; ese ladrón se ha vengado, ha ayudado á mi enemigo; es claro, es natural, es lógico! Despedido, descubierto su desfalco, era natural que me odiara. ¡Siempre, siempre lo mismo! Y yo, necio de mí, obcecado en mi honradez, que no me produce más que enemigos, odios, desafecciones... Empeñado en buscar la felicidad por caminos derechos, mientras la traición y la infamia vienen á matarme por sendas tortuosas. ¿Qué he hecho yo para merecer estas iras de la suerte? En mi carrera, esclavo de mi deber; en mi vida privada, creyendo á ciegas en mi mujer y adorando á los míos.. y toda mi felicidad va á desaparecer en un instante... No, esto no puede ser, no puede ser, no puede ser!

PEL. No perdamos el tiempo en lamentaciones... hay que cortárles el paso... van hacia la frontera.

GAB. Telegrafía al jefe de Irún, á mi amigo Medina, que les detengan mientras yo voy... soy capaz de abandonar la estación, el servicio, todo!

PEL. Espera. (Llaman al aparato.)

GAB. A ver. (Pelaez entra corriendo en su cuarto. Gabriel dice desde la puerta.) ¿Será algún retraso? ¿Quién llama? ¿Qué es?

PEL. ¡El tren está detenido! (Muy contento.)

GAB. ¿Qué?

PEL. El que los lleva, y el que debe cruzar con él. La nieve impide la marcha; los trenes no pasan. Me preguntan si el tren nuestro ha salido...

GAB. Pues, corre, telegrafía á la frontera... nuestros son!

PEL. ¡Voy... pero, no!

GAB. ¿Cómo que no?

PEL. ¡No!

GAB. ¿Qué dices?

PEL. Les detienen, y en seguida ¿qué harás?

GAB. Ir, volar á su encuentro, matarles.

PEL. ¡Te conozco! Eres capaz de perdonar; la amas mucho.

GAB. ¡Perdonar! ¡Eso prueba que no me conoces!

PEL. O perdonas ó matas, ¿no es eso?

GAB. ¿Qué quieres decir?

PEL. De cualquier modo... esa mujer funesta, esa que el uno fascina y el otro sujeta...

GAB. ¡Acaba!

PEL. ¡No será nunca para mí!

GAB. Pero ¿qué estás diciendo?

PEL. Prefiero telegrafiar á ese que me pregunta si el tren ha salido de aquí diciéndole que no, que la vía está libre... sábelo ya; húndase el mundo si tu mujer ha de ser ó para Torrente ó para tí; perezcan ella y él y todos los que van en el tren... ¡choquen los trenes!

GAB. ¡Ah! ¡Tú también! ¡También traidor! ¡Y yo he vivido engañado de todos, de todos!

PEL. ¡Ni tuya ni del otro!

GAB. ¿Qué vas á hacer?

PEL. ¡Doy la vía libre... y todos iguales!

GAB. ¡Ah, monstruo del infierno! (Va á colocarse en la puerta del telégrafo, cogiendo antes una de las escopetas.)

PEL. Aciértame, porque si no... ¡ay de todos!

GAB. ¡Infame! (Apuntándole.)

ESCENA III

DICHOS. DON RAMON

RAM. ¿Qué es esto, hijos míos?

GAB. Esto es... que mi mujer ha huído, que el viajero de anoche se la lleva, que este me engañaba, que yo soy el hombre más infeliz del mundo.

RAM. ¡Santísimo nombre de Dios!

GAB. Que la honradez no sirve de nada, que ya no tengo mujer, ni paz, ni felicidad; que mi felicidad era ilusión... ¡No, no hables tú, miserable!

RAM. ¡Esperad! Dios ha puesto á todas las desdi-

chas compensaciones consoladoras... Vuestras pasiones os hacen olvidar que aun queda aquí un ángel de Dios que puede atenuar tantas desventuras.

GAB. ¡Mi hija!

PEL. ¡La niña!

RAM. ¡La habéis olvidado!

GAB. ¡Oh, Dios! (Yendo a su cuarto.)

PEL. Su madre la dejó á dormir aquí... (Yendo á la cocina.)

GAB. ¡Paulina! ¡Hija mía!

PEL. ¡Paulina! ¡Paulina!

GAB. (Saliendo.) ¡Se la han llevado!

PEL. (Idem.) ¡Se la han llevado!

GAB. ¡No, si no es posible que las desdichas lleguen á tanto!

PEL. Gabriel, tiempo tienes de matarme... me es igual... pero... ya lo sabes... Paulina es el único ser que yo amo en el mundo... Ahí tienes una máquina suelta.

GAB. ¡Mi hija, mi hija!...

RAM. ¿Hay tiempo?

PEL. ¡Sí hay tiempo!

GAB. Yo me encargo de llegar hasta ellos.

PEL. ¡Vamos!

RAM. ¡Y yo con vosotros, hijos míos!

GAB. ¡Matar á la madre, recobrar mi hija! ¡Morir! ¡Acabar de una vez!

PEL. ¡Corre!

RAM. ¡Dios nos ayudará!

PEL. (A Don Ramón.) Si salvamos á la niña... soy capaz de creer en todo!

MUTACION

La cruz del túnel. Luna. Nieve. Una hoguera cerca de la cruz. Un capotón de empleado de la vía extendido en el suelo. Oyese el silbar ronco, como cuando llueve ó nieva, de la locomotora en toques repetidos y rápidos. El Conductor, con una linterna roja en la mano, estará en la cruz mirando a lo lejos, y haciendo señales.

ESCENA IV

CONDUCTOR y GABRIEL

COND. Por allá no se la ve... Del otro lado del tunel... sólo veo el tren allá más lejos, detenido. Los viajeros dormirán tranquilos... ó harán votos para que les abramos pronto camino... (Bajando.) ¡Qué noche! Ya pronto amanecerá, y cuando vengan los trabajadores de las obras del túnel es menester que no vean rastro de nada... (Aquí silba la locomotora.) Esta es tal vez la máquina piloto que trae la cuadrilla de obreros que ha de romper la nieve... Daremos el alto... (Sube al montículo y hace señas en dirección contraria.) Se pára, sólo bajan tres hombres... Avanzan penosamente... ¡Por aquí! Por los rails!... Es la voz de Ponce, el jefe de Villacorta.

GAB. ¡Seguid!

COND. ¡Oh, entonces... viene por ella... ya no hay duda, es ella... yo creí equivocarme... ¿Es esto?

ESCENA V

CONDUCTOR, GABRIEL, DON RAMON, PELAEZ

GAB. ¿Quién va?

COND. Soy yo, Sandoval, el conductor del Sud-Expres!

PEL. Bien hallado. Aquí viene el jefe de Villa corta.

COND. ¡Quién no le conoce! El más considerado de toda la línea.

GAB. No. Ya no lo soy. Ya no puedo serlo!

COND. ¡Don Gabriel!

GAB. ¿Pues no lo ves? A estas horas mi estación queda abandonada, mi honra está perdida... mi porvenir deshecho... mi buena fama por el suelo...

PEL. ¡Allí está el tren! (Desde el montículo.)

GAB. ¡Eso, eso eso es lo que ahora me interesa; llegar hasta allí .. por el tunel el paso es seguro. ¡Hay luz!

COND. Son las teas para alumbrar á los obreros que vendrán de aquí á una hora.

GAB. Vamos.

PEL. ¡Oh, sí, vamos! (Bajando y yendo á entrar en el túnel.)

COND. No, don Gabriel, no; ya, para qué!

RAM. ¿Qué dice?

COND. Bastante he oído; sólo una vez he visto en Villacorta á la misma mujer que he visto aquí hace poco.

GAB. ¡La mía! ¡Sí, la mia!

RAM. ¡Por el amor de Dios, diga usted lo que sea!

COND. Al salir el tren de Villacorta sonó el timbre de alarma... acudimos corriendo por el estribo el interventor y yo... en un vagón presenciamos una escena terrible...

GAB. ¿Mi hija estaba allí?

COND. Una niña que me recordó á la mía para siempre perdida...

PEL. Sigue.

COND. Una niña, con gritos desgarradores, llamaba á su padre, insultaba á un viajero; la madre pedía por Dios á una y á otro... el hombre gritaba: ¡No, yo no llevo conmigo la hija del que me ha robado mi dicha! le sujetamos para entregarle á la fuerza que va en el tren; en este momento de confusión y de lucha, la niña vió la puerta del vagón abierta, y se arrojó á la vía!

RAM. ¡Jesús!

COND. En seguida, sucedió lo de siempre, lo que he presenciado tantas veces, la madre se arrojó detrás. Detuvimos el tren, allí, del otro lado del túnel; ya la nieve impedía el paso; cogí á la niña, atravesé el túnel, vine aquí, hice una hoguera, quise reanimar al ángel de Dios...

PEL. Pero...

GAB. ¿Dónde?

COND. ¡Allí está! (Señalando el capotón, lo descubre y aparece la niña dormida tendida en el suelo al parecer muerta. Peláez aterrado entra en el túnel para salir enseguida con la expresión del que ha visto á María muerta.)

GAB. ¡Mi Paulina! ¡Muerta!

COND. ¡Espere usted! (Oyendo.)

RAM. ¿Y la madre?

COND. La madre la dejé allí; ¡allí queda destrozada!

PEL. ¡Muertas! ¡Las dos! ¡Y esta, que era el único ser...

COND. ¡Chist! Yo no he dicho que la niña esté muerta. (Momento de asombro en todos.)

TODOS ¿Qué?

COND. He dicho solamente allí está. Me he pasado aquí una hora cuidándola, acariciándola, dándole calor, calmando la crisis porque pasó... Creí por un momento que era aquella hija mía; rendida á tantas emociones, la pobre infeliz se quedó dormida en mis brazos.

RAM. ¡Bendito sea Dios!

GAB. ¡Mi Paulina!

COND. ¡Por Dios!

PAU. ¿Qué?... ¿Quién?... ¡Mi padre!... ¡Padre... padre, tengo miedo! (Abrazándose con él, que de rodillas junto á ella la cubre con sus brazos.)

PEL. Sí, sí, don Ramón; Creo en Dios padre, todopoderoso, reina y madre, á tí suspiramos, valle de lágrimas... ¡no sé cómo se dice, pero lo digo!

GAB. ¡Queda en el mundo para verme perdido, para saber desdichas!

PEL. ¡Oh, Gabriel; si me perdonas lo que sólo fué

deseo, Paulina tendrá dos padres en vez de uno!

GAB. ¡Oh, Dios mío, Dios mío!

RAM. (Subiendo á la cruz.) ¡Gloria á tí, eterno ideal, suprema fuerza del mundo; todos, ateos y creyentes, en los grandes momentos de la vida, todos han de invocar tu nombre!

FIN

OBRAS DE D. EUSEBIO BLASCO

DRAMÁTICAS

Vidas ajenas.
La niñez engañosa.
La antigua española.
La mujer de Ulises (4.ª edición).
La tertulia de Constanza.
El joven Telémaco (4.ª edición).
Un joven audaz (4.ª edición).
El amor constipado (2.ª edicion)
El vecino de enfrente (3.ª edición)
La suegra del diablo.
Pablo y Virginia.
Los novios de Teruel.
Los caballeros de la tortuga.
El oro y el moro.
Los progresos del amor.
La señora del cuarto bajo.
El pañuelo blanco (4.ª edición).
No la hagas y no la temas (2.ª ed.)
La mosca blanca (2.ª edición).
Los dulces de la boda (2.ª edición).
La corte del rey Reúma.
La humanidad doliente.
El miedo guarda la viña.
La rubia.
El baile de la Condesa.
Pascuala.
La procesión por dentro.
Parientes y trastos viejos.
Levantar muertos (1).
El anzuelo.
Jugar al escondite.
Hablemos claro.
Los niños y los locos..
La rosa amarilla.
De prisa y corriendo (1).
Juan García.
Pobre porfiado (5.ª edición).
Las niñas del entresuelo.
El bastón y el sombrero.
Soledad.
Ni tanto ni tan poco.
Buena, bonita y barata.
El primer galán.
Moros en la costa.
Todo por el arte.
¡Si yo tuviera dinero
Día completo (2.ª edición).
¡Ultimo adiós! (3.ª edición
El centinela.
Cabeza de chorlito.
La posada de Lucas.
El guapo rondeño.
El capitán Marín.
El secreto.
Juan León.
¡Duerme!
El Angelus.
Los dos sueños.
El mensajero de paz.
¡Madre mía!
La cruz del túnel.

(1) En colaboración con D. Miguel Ramos Carrión.

NO DRAMÁTICAS

Obras festivas en prosa.—Cuentos alegres.—Madrid por dentro y por fuera (1).—*Una señora comprometida* (Segunda edición).—*Los dulces de la boda* (Novela).—*Esto, lo otro y lo de más allá.—Soledades* (Poesias).—*Flaquezas humanas* (Cuentos y relaciones) —*Noches en vela* (Poesías).—*Mis devociones.—Mis contemporáneos.—Epigramas.—Malas costumbres* (Poesías festivas).—*Ellos y ellas.—El modernismo en Francia.—Conferencias en el Ateneo de Madrid sobre Bretón de los Herreros.— París íntimo. — Recuerdos. — Corazonadas* (Poesías nuevas).

EN PRENSA

MEMORIAS DE CUARENTA AÑOS

PUBLICACIÓN BISEMANAL CON GRABADOS

(1) Obra en colaboración con varios escritores.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales de esta Galería ó acudiendo al editor, que concederá rebaja proporcionada al pedido á los libreros ó agentes.